

La ruta del insomne

ENSAYO SOBRE LA POÉTICA DE
JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE (1890-1930)



CARLOS ROCHA



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

LA RUTA DEL INSOMNE

**Ensayo sobre la poética de
José Antonio Ramos Sucre
(1890-1930)**

1.^a edición en Ediciones La ruta Ramos Sucre, España, 2023

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

La ruta del insomne

Ensayo sobre la poética de

José Antonio Ramos Sucre (1890-1930)

© Carlos Rocha

CORRECCIÓN

Nagdy Guevara

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Odalís C. Vargas B.

DISEÑO DE PORTADA

Ennio Tucci

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 482.8989

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal: DC2025000667

ISBN: 978-980-01-2528-1

LA RUTA DEL INSOMNE
Ensayo sobre la poética de
José Antonio Ramos Sucre
(1890-1930)



Carlos Rocha



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

Prólogo

La primera publicación de este libro apareció en España a finales de 2023, en un limitado tiraje de doscientos ejemplares, en la editorial La ruta Ramos Sucre, con la gestión del registro digital <https://rutapoéticaramossucre.blog>, donde cooperamos en varias entregas.

Esta segunda edición publicada por Monte Ávila Editores Latinoamericana, contribuye a una mayor difusión de la obra de José Antonio Ramos Sucre, de relevante trascendencia en la poesía venezolana y universal.

CARLOS ROCHA
Caracas, julio, 2025

Preludio

Yo quisiera estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras.

Entonces me habrán abandonado los recuerdos: ahora huyen y vuelven con el ritmo de infatigables olas y son lobos aullantes en la noche que cubre el desierto de nieve.

El movimiento, signo molesto de la realidad, respeta mi fantástico asilo; mas yo lo habré escalado de brazo con la muerte. Ella es una blanca Beatriz, y, de pies sobre el creciente de la luna, visitará la mar de mis dolores. Bajo su hechizo reposaré eternamente y no lamentaré más la ofendida belleza ni el imposible amor.

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE
La Torre de Timón (1925)



José Antonio Ramos Sucre

Aclaratoria

Este trabajo fue inicialmente escrito en 2019 y publicado en la entrega N.º 75 del blog La ruta poética de Ramos Sucre. Luego fue reformado y actualizado para su inclusión en la nota N.º 100, en un nutrido *dossier* que apareció en octubre de 2022 en homenaje a Ramos Sucre, con diversos materiales gráficos y audiovisuales. La versión final fue revisada y modificada para el formato de esta publicación.

En este libro se han incluido los poemas «Preludio» y «Residuo», al principio y al final del texto (después de las Notas). Por su valor testimonial, también se ha incluido una carta que el poeta escribió a su hermano Lorenzo Ramos, fechada en 1929, un año antes de su muerte en Ginebra. Esa carta se encuentra en la sección final de esta publicación.

Ramos Sucre en el Patio de los Leones y en la Escuela 19 de abril

BOSQUEJO BIOGRÁFICO-CRÍTICO DE LA RUTA POÉTICA DE RAMOS SUCRE: TOPO Y LINCE DE LA POESÍA VENEZOLANA

Las siguientes anotaciones sobre la vida y la obra poética de José Antonio Ramos Sucre sirvieron como referencia para desarrollar esta temática en el Conversatorio «La ruta poética de José Antonio Ramos Sucre». El evento fue programado en las actividades de la Feria Internacional del Libro Venezolano (Filven) 2019, el 15 de noviembre, en el Patio de los Leones del Concejo Municipal de Caracas, de 10:00 a 11:45 am.

El loable proyecto fue concebido en 2013 por la psicóloga y poeta venezolana Rosa Trujillo Bolaño. En el año 2019 se inició la difusión digital del blog. El evento de Filven se planificó como una triple ruta: literaria, pedagógica y turística. Así lo expresa su promotora en el texto del afiche que presentaba el programa:

Hemos pensado la ruta de J. A. R. S. que se inicia en la Filven 2019 como un evento de carácter pedagógico. Es importante que los niños, niñas, estudiantes y profesores, y también los escritores de otros países, puedan conocer la trascendencia de la obra del poeta. Su unión indisoluble con el país que lo vio nacer y su adorada Jerusalén-Cumaná. Darle a Venezuela una dimensión espiritual y trascendente desde la literatura, la poesía y la música,

es parte de su sanación como espacio geográfico planetario de importancia para la humanidad, para nuestras escuelas, sus historias y sus estudiantes.

El poeta en las manos de los niños y niñas es parte de un sueño y de una voz del más allá. Es una ruta turística porque los espacios de Caracas ligados a la literatura tenemos que conocerlos y redimensionarlos. Son lugares hermosos que tienen una historia y permanecen guardando parte de nuestra memoria. Pensarlos con la presencia de los escritores y escritoras, por medio de sus obras y sus palabras, nos hará conocer y profundizar en su riqueza... (R. T. B.)

Habiendo entrado en comunicación onírica con el espíritu del poeta durante la gestación de su atípico libro —*Mi querido José Antonio. Diálogos, cartas y otras visitaciones...*—, su autora (que firma el fragmento arriba citado con las letras RTB), consideró que la ruta vital y la obra poética de Ramos Sucre no debería estar restringida a la crítica y los estudiosos formales, sino ser accesible a un público más vasto, siendo un patrimonio viviente del pueblo, fuera de las aulas tradicionales. Como Rosa Trujillo nos recuerda, parafraseando a García Lorca, más que un asunto de doctos, la poesía es un asunto de amantes.

De allí la creciente motivación de esta digna empresa de *la ruta* por difundir la poesía de Ramos Sucre más allá de las cátedras literarias especializadas, de los grupillos y los cenáculos literarios, para llevarla a los senderos populares, para el conocimiento de la gente de cualquier edad, incluyendo las escuelas infantiles, estimulando así su lectura viva y el interés por la figura y la obra del insigne poeta cumánés. El valor de su obra trascendente merece el reconocimiento universal. José Antonio Ramos Sucre puede considerarse como el primer gran humanista venezolano,

así como lo fue Petrarca en el *trecento* (siglo XIV de la tradición artística italiana), salvando la distancia y las características entre ambos poetas de relevante abolengo.

El intento de transitar la ruta de Ramos Sucre al alcance de todos, responde a ese propósito de acercarlo espiritualmente, fuera de la letra impresa en el papel. Se ha configurado para ello un mapa topográfico, afectivo y también existencial y literario, girando en torno a la figura del poeta y los lugares que frecuentó, especialmente los años en que residió en Caracas. Luego viajaría a Europa, al ser nombrado cónsul general de Venezuela en Ginebra, donde tuvo su cita con la muerte por voluntad propia.

Valgan pues estas palabras de apertura para situar justamente el marco y sentido de este evento, que celebrado por partida doble en esta Filven 2019, nos convoca a emprender los primeros pasos de ese itinerario vital, haciendo realidad un ideario y objetivo de gran trascendencia.

El propósito es acercar el poeta a todos, para llevar su obra a una dimensión menos abstracta y ceremonial. La obra y la vida de Ramos Sucre deben ser conocidas junto con los lugares por donde transitó en Caracas, así como durante su infancia en Cumaná y Carúpano. También habría que considerar en este recorrido y en la remembranza de dicha topografía existencial, aquellos lugares donde estuvo en Europa en sus últimos meses de vida. Esos sitios incluyen hoteles, residencias y sanatorios en Hamburgo, Merano, París y Ginebra, esa Genéve suiza situada a la salida del Ródano, que sigue siendo un gran centro financiero y referente de la diplomacia mundial.

Queda a la investigación en curso considerar esos lugares y vecindades frecuentadas por Ramos Sucre en los países foráneos, donde están fechadas las últimas y desgarradoras cartas que escribió a varios amigos y personajes de la diplomacia venezolana, y a su amiga Dolores Emilia Madriz. En ese legajo y en

otra correspondencia epistolar y documentos de la Cancillería, se puede establecer con precisión su itinerario geográfico en sus residenciales finales en Europa, tal como se constata en los encabezamientos de sus cartas, con las fechas de envío a Venezuela.

La motivación esencial de esta ruta consiste pues en el rescate de la memoria del poeta, de su humanismo y la descripción de su breve tránsito existencial. Ese objetivo, no solo tiene una triple importancia en su propia concepción, sino también una múltiple significación valorativa, tanto dentro del ámbito venezolano como internacional. Del grupo de cartas y documentos inéditos especiales suministrados por funcionarios de la Cancillería, relacionados con la enfermedad y muerte de Ramos Sucre, publicados en un número especial de la *Revista Nacional de Cultura* de 1990, con motivo del centenario de la aparición del poeta, se destaca el cruce de telegramas informando a sus familiares sobre el estado de los últimos días del poeta en Ginebra.

Tras su muerte, el 13 de junio de 1930, a causa de una sobredosis de somníferos (Veronal), el señor Hurtado anuncia el fallecimiento de Ramos Sucre. Con instrucciones urgentes, en un intercambio de telegramas con sorprendente puntualidad, desde el Hotel Angleterre de Ginebra, el canciller venezolano P. Itriago Chacín, gira instrucciones urgentes para transmitir la noticia y ofrece su pésame a los familiares del poeta (a su hermano Lorenzo), quienes deseaban repatriar el cadáver a Cumaná.

El 17 de julio los restos mortales de José Antonio Ramos Sucre llegan al puerto de la Guaira, enviados a bordo del vapor Guadalupe. Permanecen en capilla ardiente, en el Hospital San Juan de Dios, hasta el día 20. El 21 de julio llegan a Cumaná, con homenajes fúnebres, donde son enterrados el día 25 en el panteón de la familia Ramos Martínez, en el viejo cementerio de Santa Inés, donde actualmente reposan.

Es nuestro empeño y voluntad expresa —pensamos hacer campaña para ese propósito—, que los despojos del gran poeta cumánés sean llevados con honores al Panteón Nacional en Caracas. Allí reposan, junto al Libertador Simón Bolívar, los restos de otros ilustres personajes venezolanos, entre ellos próceres y presidentes, como José Gregorio Monagas, Rafael Urdaneta, Cipriano Castro, Ezequiel Zamora, Guzmán Blanco, Luisa Cáceres de Arismendi, Manuela Sáenz, Pedro Camejo, Fabricio Ojeda, entre artistas, poetas y figuras como Arturo Micheleña, Cristóbal Rojas, Armando Reverón, Francisco Lazó Martí, Lisandro Alvarado, José María Vargas, Simón Rodríguez, Juan Antonio Pérez Bonalde, Teresa de la Parra, Rufino Blanco Fombona, Andrés Eloy Blanco, y otros.

En 1944 fue decretado que los restos de Rómulo Gallegos fueran llevados al Panteón, pero por voluntad propia fue enterrado al lado de su esposa. Al ser profanada su tumba, se decretó llevar sus restos al Panteón, tal como se decidió con los de otros personajes —Francisco de Miranda, Josefa Camejo y Manuel Piar—, cuya ubicación se ignora. El héroe de la Independencia, Antonio José de Sucre, antepasado del poeta Ramos Sucre y segundo presidente de Bolivia, no está enterrado en el Panteón Nacional de Caracas, pero se mantiene una tumba vacía al lado de la de Simón Bolívar, esperando que sus restos vuelvan a la tierra natal, de donde ahora reposan en la Catedral Metropolitana de Quito, en Ecuador. Sería justo y loable que también estuvieran allí los del poeta José Antonio Ramos Sucre.

PUNTOS DE PARTIDA:

DESARROLLO GRADUAL DE UNA INTERPRETACIÓN CRÍTICA

La obra magistral de José Antonio Ramos Sucre trasciende nuestras fronteras y tiene un valor universalista. Aunque la ruta propuesta tuvo unas salidas experimentales años atrás, ese

derrotero que prosigue la remembranza del poeta cumanés, cobrará mayor vigencia y fuerza inaugural en el marco de las actividades de Filven 2019 aquí anunciadas. Se recorrerá, con la palabra y con los pies, el paso creador del poeta, rememorando su itinerario literario y real por los espacios donde solía caminar, los recintos donde dio clase y las zonas caraqueñas por donde paseó en las noches, acompañado por amigos íntimos y otras veces solo, eludiendo el insomnio y el peso aplastante de la dura realidad de su época, hostil a su poesía y a los senderos de la libertad.

Se extiende de manera unánime esta invitación, para recorrer esa histórica ruta poética y turística, en honor al espíritu, a su obra y a la vida intensa y fugaz del poeta, que dejó huellas imborrables en las nuevas generaciones de escritores venezolanos. Esa ruta deberá proseguir su propia marcha y ritmo triunfal, hacia el sitio que le está destinado en la eternidad.

Más allá de la importancia de su poesía desde el punto de vista puramente estético, la obra de Ramos Sucre ha sido analizada y apreciada bajo diferentes perspectivas. Y no son pocas e importantes las exégesis y valoraciones críticas consagradas a su obra, ni tampoco los nutridos testimonios de diversa índole en torno a su existencia y su destino trágico, sabiendo que Ramos Sucre puso fin a su vida en Ginebra, en 1930, atormentado por el insomnio, a pocos días de haber cumplido 40 años.

Visto como asceta impenitente, autoexiliado y apasionado por la lectura de las obras clásicas y el conocimiento de las lenguas, Ramos Sucre no fue bien comprendido por sus contemporáneos, quienes no pudieron apreciar la trascendencia de su poesía en prosa. En su época debió haber sido considerado como un reto y un desafuero, tal como lo ha expresado el amigo Francisco Pérez Perdomo en el excelente prólogo de la *Antología Poética* de Ramos Sucre, publicada en Monte Ávila en 1969 por primera vez, en rescate de la magnitud e influencia de su obra.

La apreciación de Pérez Perdomo es una de las mejores valoraciones críticas sobre la obra de Ramos Sucre. Se publicó en una época donde, junto con varios grupos culturales venezolanos, a partir de la fértil década de los 60, fuimos partícipes del rescate sistemático del legado literario de Ramos Sucre, en importantes eventos para sacarla del olvido, a los cuales habré de referirme en el curso de mi exposición durante el conversatorio fijado en la programación de Filven-2019-2020. Uno de esos actos, auspiciado por la Universidad de Oriente, se realizó en 1970, en el auditorio de esa institución, en Cumaná, la tierra natal de Ramos Sucre, proyectando su obra, mediante artículos y foros, como un desafío a las caducas y estereotipadas concepciones de la poesía, de espaldas a las renovaciones revolucionarias de nuevas expresiones creadoras y formas de pensamiento, como las que surgieron en el surrealismo francés, junto a otras voces valiosas de la poesía venezolana e hispanoamericana.

Ese decidido intento fue el primer impulso colectivo para rescatar la figura de Ramos Sucre y la importancia valorativa de su obra, un tanto olvidada, a pesar de las previas exegesis, aisladas y puramente críticas. Ese interés se mantuvo en el tiempo, con diversos protagonismos en su difusión. Por tales campañas, Ramos Sucre fue entre los escritores venezolanos, el más admirado por las últimas generaciones poéticas del país, a partir del rescate pionero de la mencionada década de los años 60. En ese escenario, irrumpimos una serie de voces, que también dimos justo reconocimiento a otros poetas de indiscutible valor, cuyas obras marcaron una nueva época, como lo fueron Vicente Gerbasi, Juan Sánchez Peláez (maestro de muchos), y otras figuras prominentes de la poesía venezolana moderna.

Sirvan pues estas palabras de apertura como ajustado pórtico para introducir la hermenéutica que deseamos desarrollar. Con tal propósito, se ha delineado, a manera de bosquejo temático,

el siguiente esquema de análisis sumario, como sinopsis para una mayor valoración crítica. Aunque no es posible abarcar un plan general de estudio en el tiempo limitado del conversatorio convocado, intentamos exponer sustancialmente los puntos indicados en dicho esquema para propiciar la reflexión. El sucinto enfoque sobre los diversos aspectos en la obra de Ramos Sucre, servirá de motivación pedagógica para una mayor exploración literaria, apoyada en las referencias aquí suministradas en torno a su obra, en diferentes líneas de aproximación. Ese intento contribuye a aquilatar el legado de una obra admirable que enorgullece a la poesía hispanoamericana.

El espléndido ambiente que fue elegido para ese primer Conversatorio de Filven-2019, resultó un grato motivo de celebración participativa. El abierto recinto del Patio de los Leones del Concejo Municipal de Caracas, frente a la Plaza Bolívar, acogió al aire libre a las personas invitadas, junto a los niños, niñas y personal docente de la Escuela 19 de Abril que acudieron al evento. Ese primer encuentro fue complementado por un acto posterior en la propia escuela, ubicada frente a la Plaza Capuchinos, el siguiente viernes 22 de noviembre. El nuevo evento educativo estuvo también motivado por la participación entusiasta de los escolares y amenizado por cantos y gaitas prenavideñas.

Hablamos otra vez allí sobre Ramos Sucre, en el espacio central del patio de la institución educativa —antigua escuela Modelo Zamora, que antes fue la sede de las hermanas de San José de Tarbes—. En ese recinto, Ramos Sucre pronunció un discurso con motivo de la inauguración de un retrato de Ezequiel Zamora. Sus palabras se basaron en su escrito de 1912 «Plática profana», pieza incluida en la *Obra completa* del poeta, publicada por la Biblioteca Ayacucho N.º 78. Mencionamos todo eso en nuestra nueva alocución sobre la vida y la obra del poeta, en

torno a la ruta prefijada, la cual quedó oficialmente inaugurada en el mencionado previo acto de Filven 2019-2020.

En esos espacios cálidos, contiguos a la Plaza Bolívar de Caracas, siguen soplando brisas favorables para la cultura venezolana. En el transcurso del tiempo ocurrieron importantes gestas históricas en esa vecindad central, en aras del rescate de la dignidad, la independencia de las ideas y la libertad soberana. No habría mejor ambiente capitalino para esta noble convocatoria de la ruta poética de Ramos Sucre —la ruta del insomne—, a los 89 años de su desaparición física.

Introito

Evento de Filven-2019

en el Patio de los Leones de Caracas

PRESENTACIÓN DE LA DIMENSIÓN BIOGRÁFICA Y LITERARIA DE RAMOS SUCRE EN SUS DIVERSAS FACETAS

Mención del proyecto pionero «La ruta poética de José Antonio Ramos Sucre» y del libro de Rosa Trujillo Bolaño, publicado en 2016; descrito en las palabras iniciales.

La plática en torno a la figura del poeta puede ceñirse a un esquema dinámico de diez aspectos a considerar para el desarrollo de un estudio más exhaustivo, a partir de la siguiente orientación temática:

1. Sus rasgos biográficos, su linaje familiar y su perfil humano. Ver las cronologías que aparecen en estas publicaciones: 1) *Revista Nacional de Cultura*, N.º 279, 1990; 2) *Obra completa de Ramos Sucre*, publicada por la Biblioteca Ayacucho; 3) *Antología Poética*, Monte Ávila Editores (1969, 1976, 1988); 4) *Ramos Sucre ante la crítica*, Monte Ávila Editores, 1980; 5) *Ramos Sucre: La voz de la retórica*, de Alba Rosa Hernández Bossio; 6) la Cronología que aparece en la publicación especial en 1990 de la Biblioteca Nacional (Exposición bibliográfica, hemerográfica e iconográfica), con motivo del centenario del poeta.

2. Sus primeros estudios en Cumaná y Carúpano con su tío-abuelo paterno (el padre Ramos, Vicario de Carúpano). El talento privilegiado del infante José Antonio. Su formidable vocación autodidacta. Su prodigioso intelecto y su capacidad lingüística, dominando desde la mocedad varios idiomas, latín, griego, francés, inglés, italiano y alemán.
3. Sus estudios formales en Caracas. Su labor docente y pedagógica en las instituciones donde dio clase. Su doctorado en Ciencias Políticas a los 27 años, y su prosecución en el estudio de las lenguas; portugués, danés, sueco y alemán. Los lugares que frecuentaba en Caracas. Los testimonios de sus amigos y alumnos.
4. Su obra literaria. Sus primeras publicaciones y sus dos obras finales (ver en las cronologías los títulos y las fechas de publicación).
5. Su actividad jurídica y su nombramiento en la Cancillería.
6. Su viaje a Europa y su destino trágico en la última fase de su vida.
7. La influencia de su obra en la poesía moderna venezolana.
8. La valoración crítica de su poesía (admiradores y detractores).
9. Análisis, estudios y publicaciones sobre la poética de Ramos Sucre y su proyección universal (traducciones y ediciones póstumas).
10. Las fuentes bibliográficas, *dossiers* y publicaciones especiales e ilustradas sobre Ramos Sucre.

Sobre cada uno de los puntos arriba esquematizados en este decálogo temático, hay diversos aspectos a desarrollar, los cuales no pueden ser obviamente cubiertos en una simple charla o conversatorio de tiempo limitado. Por ello, se expondrá un resumen en torno a la obra poética de Ramos Sucre y su ruta existencial.

Este amplio mosaico puede ser abarcado con mayor amplitud en un seminario o taller literario sobre la temática propuesta. De allí la intención de que el esbozo planteado sirva de guía didáctica para un tratamiento de mayor enfoque y duración, bajo diferentes análisis y aportes colectivos, en foros apropiados.

Para establecer un sólido marco de referencia en las posibles exégesis sobre la obra y la figura de Ramos Sucre, conviene empezar por considerar los dos últimos puntos (9 y 10). Debido a su importancia como referencias de estudio y evaluación crítica, la siguiente lista de titulares será de gran utilidad, sin obviar los testimonios vivenciales de sus contemporáneos, amigos y alumnos que conocieron al poeta.

SELECCIÓN DE REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

A continuación, damos una lista de publicaciones esenciales sobre José Antonio Ramos Sucre recopiladas por orden cronológico. Para mayores detalles es preciso acudir a las bibliografías incluidas en otras referencias más extensas; algunas de las cuales se encuentran en bibliotecas públicas y/o colecciones privadas, que pudieran ser mostradas durante el conversatorio reseñado y en futuros eventos:

1923. Julio Garmendia, «El doctor José Antonio Ramos Sucre», *El Universal*, 27 de agosto (artículo republicado en otras partes); «La poesía elocuente», *El Universal*, 19 de septiembre; en *Opiniones para después de la muerte*, Monte Ávila Editores, 1984; en *La ventana encantada*, Ediciones del Congreso de la República, 1986; en ALLCA, XX, Madrid, Colección Archivos N.º 252, 2001.

1925 (1930, 1960, 1970, 1973). Fernando Paz Castillo, «La torre de Timón», *Elite*, N.º 3, del 3 de octubre de 1925; «El solitario de la torre de Timón», *El Universal*, 28 junio

1930; «José Antonio Ramos Sucre. Su vida y obra», *El Nacional*, 20 de junio 1960; «Siempre daba la impresión de un regreso», *El Nacional*, 14 de junio de 1970; *El solitario de la torre de Timón*. (Incluye los artículos de 1925, 1930, y 1960), Caracas, Inciba, 1973, 55 páginas.

1929, 1930. Pedro Sotillo, «Sobre el cumanés José Antonio Ramos Sucre», *Cultura Venezolana*. N.º 99. pp. 308-313, nov-dic, 1929; “Duelo de las letras y de la sociedad venezolana”, *El Universal*, 14 de junio de 1930.

1930. Al día siguiente de su muerte en Ginebra, el 13 de junio, los diarios de ese día publican notas elogiosas sobre Ramos Sucre: *El Universal*, *El Nuevo Diario*, *La Esfera*, *El Heraldo*, *El Sol*, *El Impulso*, entre otros. Diarios, revistas y asociaciones culturales le rinden homenaje. *El Nuevo Diario* propone hacerle una estatua. En los días siguientes, se publican recordatorios de Fernando Paz Castillo, Enrique Bernardo Núñez (el buen amigo de Ramos Sucre), Augusto Mijares, Pedro Sotillo, Luis Correa y Gabriel Espinoza. El 16 de junio hay un homenaje fúnebre en Ginebra, con la asistencia de varios diplomáticos. Sus pertenencias son enviadas a su madre en Caracas.

1930. Augusto Mijares, «La poesía de José Antonio Ramos Sucre», *El Universal*, 15 de junio.

1930. El 17 de julio llegan los restos del poeta al puerto de La Guaira y permanecen en capilla ardiente, en el Hospital San Juan de Dios, hasta el día 20. De acuerdo con su voluntad, el despojo mortal es llevado a Cumaná, donde debe ser enterrado en el viejo cementerio de Santa Inés. El 21 de julio llegan sus restos a Cumaná, con homenajes fúnebres, donde son enterrados el día 25, en el panteón de la familia Ramos Martínez.

1930. Luis Correa, «Duelo de la Patria y de las letras», *Elite*, 14 de junio.

1936. Víctor Manuel Ovalles, *Dos muertos ilustres: Itriago Chacín y Ramos Sucre*, Editorial Bolívar. Puede afirmarse que este pequeño libro es la primera tentativa juiciosa por rescatar y difundir la obra virtuosa de Ramos Sucre, que le dedica el patriarca Ovalles, junto a Pedro Itriago Chacín, otro personaje histórico nacido en Zaraza (Guárico), abogado, jurista, profesor universitario y político venezolano, quien fue ministro de Relaciones Exteriores en los gobiernos de Juan Vicente Gómez y Eleazar López Contreras durante casi quince años. Fue fundador de la revista *Patria Futura* (1911). Su obra *Escritos jurídicos* (1915) fue premiada en Argentina.

1937, 1974. Enrique Bernardo Núñez. *Ensayos biográficos*, Editorial Elite, 1937; «J. A. Ramos Sucre», *Escritores venezolanos*, Ediciones del Rectorado de la Universidad de Los Andes, Mérida, 1974.

1945. Carlos Augusto León, *Las piedras mágicas: hacia una interpretación de José Antonio Ramos Sucre*, Caracas, Suma, Artes Gráficas. Con reedición posterior en las publicaciones de la Biblioteca de la UCV, en 1979; *Obra poética de José Antonio Ramos*, reproduciendo como prólogo «Las piedras mágicas».

1946. Humberto Fernández Moran, «Los grandes escritores venezolanos: vida y obra de J. A. Ramos Sucre», *El Universal*, Caracas, 16 de junio.

1951. Pedro Ugalde, «Ramos Sucre y Sánchez Peláez», *El Nacional*. Papel Literario, 22 de abril.

1954. *Obra de José Antonio Ramos Sucre* (tres libros), Biblioteca Popular Venezolana N.º 58, Ministerio de Educación, con prólogo de Félix Armando Núñez, escrito en Santiago de Chile en 1952. El prologuista fue alumno de Ramos Sucre en 1913 en la Escuela Normal de Caracas, donde el poeta fue profesor (a los 23 años) de Historia y Geografía Universal y de Venezuela. En

su prólogo cita las apreciaciones de Fernando Paz Castillo y del científico Humberto Fernández Morán, quien había escrito un elogio sobre Ramos Sucre (arriba listado).

1955. Diego Córdoba, «José Antonio Ramos Sucre: ¿filósofo existencialista?», *El Universal*, febrero.

1956. Juan Calzadilla, «Ramos Sucre y la nostalgia heroica», *El Nacional*, 6 de noviembre.

1960, 1976. *Los aires del presagio*, Compilación, prólogo y notas de Rafael Ángel Insausti (Colección Rescate, 1960), con varios materiales. En la segunda edición (Editorial Monte Ávila Editores, Colección El Dorado, 1976), se añadieron algunos textos hemerográficos no incluidos en ninguna de las obras anteriores, sus traducciones del alemán del poeta Luis Uhland, su último poema «Residuo» y algunas cartas inéditas cedidas por los familiares del poeta. Los titulares «Granizada» (1925), «Réplica», «Resumen», «Argumentos», «Cencerro» y «Granizada» (1929) fueron incluidos en esa edición con el título genérico «Granizada»; sentencias y reflexiones de tono aforístico. Las descarnadas cartas de los últimos días del poeta reflejan su «itinerario mental y emotivo» y su estremecimiento interior. Eugenio Montejo apunta que esas cartas «nos revelan el padecimiento de un insomnio devastador con toda la lacerante secuela orgánica que conduce al suicidio como doloroso final».

1965. José Balza, «José Antonio Ramos Sucre», *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 4 de junio.

1967. Edoardo Crema, «Italia en José Antonio Ramos Sucre», *El Universal*, 9 de abril.

1969. Eugenio Montejo, «El laúd del visionario», *Imagen*. N.º 45. Caracas, 15-31 marzo.

1969, 1976, 1988. *Antología poética*, prólogo de Francisco Pérez Perdomo, Monte Ávila Editores.

1969 Luis Alberto Crespo, «Ramos Sucre. Antología Poética», *El Nacional*, 29 de diciembre.

1970. Elizabeth Pérez-Luna, «Bajo el signo de la autenticidad», *El Nacional*. Papel Literario, 15 de febrero, Foro sobre la joven poesía venezolana, organizado por la Universidad de Oriente (UDO), en Cumaná. En la mesa de debate —presidida por Ramón Delgado, director de Cultura de la Universidad—, participaron Ramón Palomares, Francisco Pérez Perdomo, Luis Camilo Guevara, Arnaldo Acosta Bello, Luis Alberto Crespo, Carlos Rocha y la periodista Elizabeth Pérez-Luna, quien reseñó el evento.

1970. Ida Gramcko, «Doliente poeta del esmalte», *El Nacional*. Papel Literario, 14 de junio.

1970. Juan Liscano, «Ramos Sucre sacralizado», *El Nacional*, 25 de junio.

1970. Juan Sánchez Peláez, «Una arquitectura insólita», *El Nacional*. Papel Literario, 14 de junio.

1970. Jesús Sanoja, «Poeta de otra realidad», *El Nacional*, 21 de junio.

1970. Algunos artículos de Ramos Sucre dispersos en periódicos y revistas fueron recopilados por Caupolicán Ovalles en «La Gran Papelería del Mundo y Ramos Sucre», Papel Literario de *El Nacional*, Caracas, 21 de junio de 1970. Allí se agrupan las menciones a los trabajos del poeta: «Del destierro», publicado en *Ritmo e Idea*. Revista literaria. Año I. N.º 1. Cumaná, 15 de diciembre de 1911; y «Reflexiones sinceras», En *Atenas*. Revista de ciencias y artes, Caracas, 15 de mayo de 1912.

1973, 1980, 2001. Fernando Paz Castillo, *El solitario de la torre de Timón*, Ediciones Inciba, 1973, incluido en *Ramos Sucre ante la crítica*, Monte Ávila, 1980; ALLCA, XX, Madrid, Colección Archivos N.º 252, 2001.

1973. Luis Yépez, «Los días finales de José Antonio Ramos Sucre». *El hombre y la piedra*, pp. 17-71. Cuadernos de la Asociación de Escritores de Venezuela, Ministerio de Educación.

1974. Eugenio Montejo, «Aproximaciones a Ramos Sucre», *La ventana oblicua*, Ediciones de la Universidad de Carabobo, Valencia. Republicado en la Universidad de Oriente, 1981.

1975. Ludovico Silva, «Ramos Sucre y nosotros», *Revista Nacional de Cultura*, N.º 219. Caracas, marzo-abril.

1975. Carlos Noguera, «45 años de su muerte: José Antonio Ramos Sucre, un limpio homenaje al espíritu del solitario», *El Nacional*, Papel Literario, 15 de junio.

1975, 1985. «José Antonio Ramos Sucre», en *La máscara y la transparencia*, de Guillermo Sucre, Monte Ávila Editores, 1975; Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

1977. Oscar Sambrano Urdaneta, «Ramos Sucre. El hiperestésico», *Escritura* N.º 3, enero-junio.

1978. Guillermo Sucre, «Anacronismo y/o renovación», *Tiempo Real*, N.º 10, Universidad Simón Bolívar.

1978. Ángel Rama, «El universo simbólico de Ramos Sucre», Universidad de Oriente, Cumaná.

1980, 1989. *José Antonio Ramos Sucre. Obra completa*, Biblioteca Ayacucho, LXXVIII. Prólogo de José Ramón Medina. Una referencia indispensable, con data testimonial, amplia cronología y bibliografía de Sonia García. Segunda edición, 1989.

1980. *Ramos Sucre ante la crítica*, Monte Ávila Editores, 1981. Recopilación de varias apreciaciones críticas.

1981. «Ramos Sucre: retrato del artista enmascarado», Tomás Eloy Martínez, *Revista Oriente*, Caracas, Revista de Cultura de la Universidad de Oriente, pp. 131-135.

1988. *Las formas del fuego*. En Madrid, Ediciones Siruela lanza una publicación con los tres libros de Ramos Sucre, *La Torre de*

Timón, El cielo de esmalte y Las formas del fuego. El conocimiento de la obra de Ramos Sucre en España fue posible gracias a esta impresión, cuya edición estuvo a cargo de Katyna Henríquez Consalvi, con un prólogo de Salvador Garmendia, novelista venezolano y miembro fundador del grupo El Techo de la Ballena.

1988. *La búsqueda secreta de José A. Ramos Sucre*, Ilis M. Alfonzo, Universidad Central de Venezuela, Facultad de Economía y Contexto Editores.

1990. Alba Rosa Hernández Bossio, *Ramos Sucre: la voz de la retórica*, Monte Ávila Editores Latinoamericana. Contiene una sección final bibliográfica. Hay una segunda edición de 2013; Colección Estudios-Literatura, 197 páginas.

1993. Fundación de la Cátedra Internacional de Literatura Venezolana José Antonio Ramos Sucre, en la Universidad de Salamanca, España, el 16 de noviembre, mediante un convenio de la Universidad de Salamanca con el Consejo Nacional de la Cultura (Conac) de Venezuela. Esta importante iniciativa académica representa una justa oportunidad para el estudio y la proyección internacional de la obra del gran poeta venezolano. La última semana de noviembre de cada año, ocurre un Encuentro de Escritores Venezolanos, con interacción de los participantes. Para más detalles ver este enlace oficial: <http://literatura.usal.es/html/es/contenido/index.html?handle=catedra-ramos-sucre-principal>

1990. Pedro Beroes, *Tiempo y poesía de Ramos Sucre*, Editorial Planeta Venezolano, Colección Ensayos.

1992. Bajo el título *As formas do fogo*, se publica en Lisboa en 1992 una selección de 23 poemas de Ramos Sucre en edición bilingüe, traducidos por José Bento, con un prólogo de Eugenio Montejo. La publicación de 160 páginas tuvo el apoyo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela y la Embajada en Portugal.

1999. Una compilación de la obra de Ramos Sucre se publica en el Fondo de Cultura Económica de México, bajo el título *Obra poética*, compilación de Katyna Henríquez Consalvi, con la introducción de Guillermo Sucre, «La pasión de los orígenes».

1999. En Ediciones Equinoccio de la Universidad Simón Bolívar, con un prólogo de Guillermo Sucre, se publican los tres libros de Ramos Sucre (con acertado orden), «Granizada» (aforismos), y una correspondencia familiar.

2001. *Obra poética*, ALLCA, XX, Madrid, Colección Archivos N.º 252. Edición crítica coordinada por Alba Rosa Hernández Bossio. Incluye los tres libros de Ramos Sucre, sus artículos, poemas fuera de los tres libros, «Granizada», cartas familiares, estudio filológico, notas y lecturas críticas, cronología, hemerografía y bibliografía.

2006. El escritor venezolano Rubí Guerra recibe el Premio de Novela Corta Rufino Blanco Fombona por su novela *La tarea del testigo*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2007, basada en los últimos meses de Ramos Sucre en Europa.

2012, 2016. Rosa Trujillo Bolaño. *Querido José Antonio. Diálogos, cartas y otras visitas con el espíritu del poeta*, impreso por Gráficas Lauki, Caracas, 2016, con una segunda edición en España, en 2022.

2019. Evento sobre la Ruta Poética Ramos Sucre, en Caracas, durante el programa de actividades de la Feria Internacional del Libro en Venezuela, programa que motivó inicialmente este trabajo evocativo y valorativo.

2021. Bajo el título *Insónia*, se publica en Oporto una antología de Ramos Sucre en portugués, con traducciones de Jorge Melicias y José Rui Teixeira, encargado de la edición e introducción, con un prólogo de Carmen Ruiz Barrionuevo y Miriam Reyes. La organización de este libro, publicado por Officium Lectionis, fue desarrollada en el ámbito del proyecto

postdoctoral del Prof. José Rui Teixeira, en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca (Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana), orientado por Carmen Ruiz Barrionuevo, quien entonces era la directora de la Cátedra de Literatura Venezolana José Antonio Ramos Sucre. La edición tuvo el apoyo del Instituto Cervantes y la Cátedra de Poesía y Trascendencia Sophia de Mello Breyner Andresen de la Universidad Católica Portuguesa de Oporto.

EDICIONES ESPECIALES (CENTENARIAS)

1990. *Revista Nacional de Cultura*, N.º 278-279, oct-dic. *Dossier* sobre Ramos Sucre (bajo la dirección de Vicente Gerbasi y Francisco Pérez Perdomo). Homenaje coordinado por Velia Bosch. Contiene documentos inéditos encontrados en la Cancillería. Incluye el texto «Ideas dispersas sobre *Fausto*». (No contiene un artículo de Ludovico Silva mencionado por Guillermo Sucre en un taller de la USB).

1990. *José Antonio Ramos Sucre en la Biblioteca Nacional*. Publicación de formato especial. Exposición bibliográfica, hemerográfica e iconográfica, y de manuscritos, conmemorando el centenario de JARS (1890-1990). A cargo de Douglas Palma; un *dossier* bibliográfico con muchas fotos e ilustraciones.

1990. *Revista Folios*, N.º 14, mayo-junio, Monte Ávila Editores, *dossier* sobre Ramos Sucre en su centenario.

* * *

Entre las fuentes bibliográficas arriba listadas se incluyen otras referencias importantes. En la *Obra completa* de José Antonio Ramos Sucre publicada por la Biblioteca Ayacucho se encuentra un listado más extenso de las publicaciones que aparecieron hasta el momento en que fue lanzada esa edición referencial.

RASGOS BIOGRÁFICOS:

INFANCIA Y ESTUDIOS EN CUMANÁ Y CARÚPANO

Ramos Sucre nace en Cumaná, capital del estado Sucre, el 9 de junio de 1890, y muere en Ginebra el 13 de junio de 1930. Por el deterioro de su sistema nervioso a causa del insomnio crónico, pensó que había perdido sus facultades mentales, quitándose la vida cuando solo tenía 40 años. Su linaje familiar por vía materna descende del Gran Mariscal de Ayacucho. Su madre, doña Rita Sucre Mora, era hija del coronel José Gregorio Sucre Alcalá, hermano del prócer Antonio José de Sucre (1795-1830). Por lo tanto, doña Rita era su sobrina-nieta.

Su padre fue don Gerónimo Ramos Martínez, quien escribió una genealogía muy completa de Sucre. Uno de los tíos-abuelos paternos era el presbítero Dr. José Antonio Ramos Martínez, un latinista culto y políglota. Fue su primer preceptor y guía intelectual. Después de aprender sus primeras letras en Cumaná, el joven José Antonio viajó a Carúpano bajo la tutela de su tío, quien lo inicia en el estudio del latín. En su gran biblioteca, Ramos Sucre se nutrió de numerosas lecturas.

De la incursión intensa en dichas lecturas, nace su temprana afición por los libros y las obras de los autores clásicos, que asimila con precocidad. Esas lecturas habrán de influir en la escritura de sus composiciones poéticas en prosa, muchas de ellas a manera de palimpsestos, con dislocaciones del tiempo histórico, entretejidas con su propia ficción subjetiva, en una amalgama donde el yo subjetivo asume varias voces y representaciones, siendo partícipe en la recreación de los textos glosados, los cuales Ramos Sucre elabora con la precisión minuciosa de un orfebre. Su lenguaje es suntuoso, de gran fascinación verbal y alusiones mitológicas, trama impecable no exenta del

sentimiento trágico ni de la fabulación desbordante. Su factura no excluye un hermético simbolismo, fusionando realidades y formas quiméricas con chispazos de prodigiosa exaltación lírica.

Más adelante en esta exégesis podrán apreciarse otras características de la prosa poética ramosucreana. Estos y otros aspectos se aglomeran en la sinopsis sobre los rasgos más sobresalientes de su arte poética, en el marco de un formato de viñetas-claves, elegidas con el propósito de glosar y/o analizar su simbología y sus perfiles más secretos, reiterados en diversos poemas, como ecos de una voz soterrada que los vincula en una especie de recurrencia circular, uniendo alfa y omega, como extremos simbólicos del eterno ciclo de la totalidad cósmica.

Su infancia precoz y atormentada por la rigidez de su tío maestro, quien lo sumerge en el estudio tenaz, transcurre entre la lectura y la pasión intelectual. Su amor a la lectura y las lenguas clásicas se deriva de esa temprana y rigurosa influencia. Con su formidable vocación autodidacta y su innato y privilegiado talento, aprende francés, inglés e italiano, y comienza a estudiar alemán, siendo políglota a los 15 años. Se presupone que leyó a Leopardi en italiano, con cuya naturaleza doliente se reconocerá posteriormente identificado. (Véase su último poema «Residuo», escrito tras dos años de sequía sin escribir nada y de su primer intento de suicidio).

De vuelta a su Cumaná natal, estudia en el Colegio Nacional de don José Silverio González Varela, donde se gradúa de bachiller a los 20 años con excelentes notas, dominando varios idiomas por precoz iniciativa. Luego, en 1911 viaja a Caracas, a los 21 años, para comenzar estudios de Derecho y Literatura en la Universidad Central. Durante ese período crucial, continúa aprendiendo idiomas (griego antiguo y moderno, y sánscrito). En sus primeros años en Caracas luce como «el estudioso

joven», que describe el sabio Lisandro Alvarado al hacer su presentación en las páginas de *El Cojo Ilustrado*, dando a conocer una brillante traducción del latín de Ramos Sucre.

Su carrera universitaria fue accidentada a causa de varios sucesos inesperados. La Universidad fue cerrada debido a la peste bubónica que por entonces azotó al país. La clausura de la Universidad Central, decretada y mantenida por la dictadura de Juan Vicente Gómez, lo sorprendió cuando cursaba el segundo año. Esta interrupción fue un incentivo para su inteligencia y su capacidad autodidacta: él decide estudiar admirablemente, por su propia iniciativa, las materias del curso académico de Derecho, rindiendo en tres semestres los exámenes correspondientes a tres años, graduándose como doctor en Ciencias Políticas en 1917, cuando tenía 27 años.

Después de graduado, Ramos Sucre profundizó sus estudios de idiomas, agregando a los ya conocidos el portugués, el sueco, el holandés y el danés, lengua que llega a dominar en cuatro meses, por invitación de don Cristián F. Witzke, quien era director del Museo Bolivariano y amigo de su padre. En suma, pudo manejar unas diez lenguas. Durante ese lapso se volcó con irrefrenable pasión en el conocimiento literario, extenso e intenso, que fundamentará su obra en ciernes, concebida como una totalidad expresiva, teniendo predilección por la escritura en prosa (no hay referencia de que escribiera textos en verso). El estudio y la pasión por el saber, seguirán dominando su complejo mundo intelectual.

SU ACTIVIDAD COMO JURISTA Y DOCENTE

Durante su formación universitaria, Ramos sucre comienza a ejercer la docencia debido a las necesidades económicas familiares. También lo hizo motivado por su vocación pedagógica e

intelectual. Sin embargo, nunca llegó a ejercer su carrera como jurista porque no congeniaba con su carácter taciturno y solitario, apartado de las frívolas actividades cotidianas y de tendencias menos humanistas, aunque quienes lo conocieron dicen que su carácter fue siempre sociable y cordial.

No obstante, después de estar recién graduado, Ramos Sucre ejerció solo temporalmente su carrera de abogado, al ser nombrado juez accidental de Primera Instancia en lo Civil del Distrito Federal, en julio de 1918, llegando a publicar el 26 de julio en *El Universal*, un notable ensayo, «El contrato de venta. Observación», una pieza notable que ha merecido la atención de los especialistas.

Siendo más proclive al aspecto moral que a la rigidez conceptual de la jurisprudencia tradicional, Ramos Sucre produce una sentencia memorable de divorcio. Plantea en ella un criterio novedoso sobre el abandono voluntario, en relación al estatuto personal extranjero en la aplicación del Derecho Internacional Privado, al disolver el vínculo matrimonial de cónyuges extranjeros, apartándose en su criterio de la clásica obediencia al estatuto personal: El juez suscrito que sentencie, no puede acatar el estatuto personal extranjero, cuando impone sobre la persona humana el yugo de una situación insostenible.

La observación de Ramos Sucre motivó una cita del caso por parte del famoso internacionalista venezolano, el Dr. Lorenzo Herrera Mendoza, destacando la importancia de la referida sentencia. A pesar de este hecho aislado, Ramos Sucre no tenía deseo de ejercer la actividad profesional como abogado brillante.

Su actividad docente fue meritoria. En 1913, a los 23 años, fue profesor de latín y griego en el Liceo Caracas (actualmente Liceo Andrés Bello), cuando era director Rómulo Gallegos, que pertenecía a la generación alborada¹. Ramos Sucre no tuvo

vinculación notoria con esa generación de «los alborados», a pesar de su contemporaneidad.

En una carta fechada en 1930 y dirigida a su amigo Luis Yépez, donde se compara con Leopardi, vemos retratado en su confesión al poeta del dolor. En otra misiva, enviada también en 1930 a su amiga dolores Emilia Madriz, le dice: «Nací en la casa donde todo está prohibido». Fue la última que escribió en Ginebra, antes de morir por sobredosis de somníferos. Otra carta de gran valor testimonial, dirigida a su hermano Lorenzo en 1929, la cual se ha incluido al final de este ensayo, refleja su angustia existencial, generada desde su cruda infancia.

En la primera época del siglo, Ramos Sucre fue amigo de los hermanos Arreaza Calatrava, manteniendo con José Tadeo un vínculo bajo la esencia múltiple de la poesía. A pesar de diferir en sus búsquedas poéticas, ambos eran ascéticos y retraídos, estudiosos por naturaleza y adictos al noctambulismo. Por su orientación afín, se sentían hispanoamericanos, clásicos y renovadores, y a la vez modernistas, parnasianos, simbolistas, prevanguardistas, oníricos y europeizantes. Ambos fueron juristas y poetas de escritura disímil, siendo la de Ramos Sucre única por su exquisita prosa, palpitante en su profusa imaginería y misteriosos significados.

Su poema «La vida del maldito» nos revela una faceta adusta y desamparada, signo trágico de una vertiente de su poesía y de su compleja existencia. Su nostalgia y desaliento a causa del insomnio extienden sus enigmas y las preocupaciones que lo conducen al suicidio. El rumbo de la poesía venezolana quedaría entonces sin su faro mágico, huérfana de esplendores en un mar insolente no latino, sino caribeño y exuberante.

El libro de Víctor Manuel Ovalles, *Dos muertos ilustres*, menciona por primera vez a Ramos Sucre e Itriago Chacín. Un *dosier* publicado por la Gran Papelería del Mundo, el cual recoge

importantes referencias acerca del poeta. Ramos Sucre también fue profesor en el Liceo Sucre y en el Museo de Caracas. En 1913 da clases en la Escuela Normal de Maestros de Caracas, que fue reabierta, ganando por concurso la cátedra de Historia y Geografía Universal y de Venezuela. Allí tuvo como alumnos a Carlos Augusto León y Félix Armando Núñez, quien compilaría sus obras en 1954. También dio clases en la Academia Militar y enseñó latín y griego en el Instituto San Pablo y, posteriormente, en el actual Liceo Andrés Bello.

En 1914, a los 24 años, es nombrado oficial de la Dirección de Derecho Público Exterior. Durante catorce años trabajó como traductor e intérprete en la Cancillería venezolana, rindiendo servicios de alta excelencia profesional, hasta finales de 1929, cuando viaja a Europa, siendo nombrado cónsul en Ginebra, donde fallecería el año siguiente, en 1930.

LA ACTIVIDAD LITERARIA:

SUS PRIMEROS INICIOS Y PUBLICACIONES EN CARACAS

Cuando Ramos Sucre llega a Caracas en 1911 a los 21 años, comienza su actividad como escritor en las páginas de *El Cojo Ilustrado*, N.º 471, en el mes de agosto, con la pieza titulada «Política indiana», que es la traducción del prólogo en latín escrito por Chauveton para la *Historia del Nuevo Mundo*, de Jerónimo Benzoni. El sabio Lisandro Alvarado (médico, naturalista, etnólogo, historiador y lingüista), quien apadrinó al «joven estudioso» Ramos Sucre, escribe una elocuente nota de presentación para esta publicación, la cual vale la pena considerar.

En los diez años siguientes, hasta 1921, Ramos Sucre colaboró frecuentemente con las revistas y periódicos de la capital. Muchas de esas colaboraciones durante esa década no fueron recogidas en libros. Ramos Sucre las consideró como simples ensayos,

aunque —como opinó Rafael Ángel Insausti, «ya manifestaban una indudable y temprana madurez literaria». A partir de entonces, se gesta su primer libro, *Trizas de papel*, que publica en 1921, a los 31 años, en la imprenta Bolívar, en una especie de edición privada destinada íntegramente para sus amigos.

En 1916 publica traducciones del alemán; poemas de Luis Uhland, que fueron luego incluidos en la edición póstuma *Los aires del presagio*. Su elogio de Humboldt, *Sobre las huellas de Humboldt*, se conoció en folleto en 1923, publicado por la Tipografía Mercantil, siendo difundido por *Cultura Venezolana*. Luego de ese período, cuando tenía 31 años, Ramos Sucre decide recoger en un libro lo que consideraba más representativo de su labor literaria hasta entonces.

Su segundo libro, *La Torre de Timón*, se publica en 1925, cuando tenía 35 años. Es una obra de índole miscelánea, donde recoge una selección de ensayos, notas, discursos, narraciones y poemas; trabajos escritos en un período de 15 años, de 1911 a 1925. Allí refunde sus dos primeras publicaciones, *Trizas de papel* y *Sobre las huellas de Humboldt*. En 1927 recibe la Orden del Libertador, en grado de Comendador.

El contenido de esos dos primeros libros no fue simplemente un añadido de nuevos textos. Por el contrario, Ramos Sucre hizo una cuidadosa reorganización de los materiales, indicando una temprana voluntad estructural de nítido rigor lingüístico, concibiendo el libro como elaboración armónica y significación trascendente. La parte final de *La Torre de Timón* incluye un conjunto de textos poéticos, de la misma factura en que reunirá posteriormente sus dos últimos libros fundamentales; *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*, publicados el mismo año 1929 por la Tipografía Americana.

El período de su actividad literaria se desarrolló en esos años cuando estuvo en Caracas, en los cuales se ha trazado la ruta a

seguir en el proyecto topográfico que actualmente concierne. Al llegar a la capital, el poeta comenzó a relacionarse con los principales centros literarios, entablando amistad con los escritores venezolanos más importantes de la época. También comienza a publicar en las revistas literarias y órganos de opinión caraqueños, apareciendo con frecuencia su nombre en *El Cojo Ilustrado*, publicación a la que, como se mencionó, tuvo acceso gracias a Lisandro Alvarado, con quien entabla amistad.

El joven Ramos Sucre alterna su actividad intelectual con la docencia y el trabajo de traductor en la Cancillería. Va así configurando un merecido prestigio en los prominentes círculos contemporáneos. A pesar de la desvirtuada imagen de misántropo y retraído, tejida en torno a su personalidad, Ramos Sucre fue muy sociable y locuaz con sus amigos y allegados, compartiendo cordialmente con ellos, a veces polemizando o intercambiando ideas y opiniones sobre la literatura, el arte y la cultura, en el cerrado ambiente de aquella Caracas antañona.

En los años donde Ramos Sucre va estableciendo su obra literaria, comienza su agobio por «el terrible drama individual de su insomnio». Así se refleja en el revelador testimonio de su colega J. A. Cova, quien también era profesor del Liceo Andrés Bello, acerca del padecimiento que desvelaba al poeta:

Por las noches, porque era insomne, después de su charla habitual con los dos o tres amigos de siempre en la Plaza Bolívar, se daba a noctivagar por toda Caracas, desde la Plaza del Panteón hasta San Juan y desde la Plaza de Candelaria hasta la Estación del Ferrocarril inglés. Cuando estaba rendido de cansancio ensayaba entonces dormir dos o tres horas. Muchas veces le sorprendimos muy de mañana en la Plaza del Panteón, donde había amanecido, «sin poder pegar los ojos», después de haber abusado del Doral y todos los sedantes imaginables.

He ahí un recorrido capitalino a considerar para seguir esa ruta nocturna del poeta insomne. Las andanzas de Ramos Sucre por aquellas noches de una Caracas desolada, tal vez las hacía para luchar contra el desasosiego, tras compartir veladas fraternales y tertulias culturales.

La pulcritud y el empeño por una escritura de factura ejemplar es signo proverbial en Ramos Sucre. En algunos textos se distinguen comparaciones en cuanto al rigor del lenguaje con similares aspectos del poeta francés René Daumal (1909-1944), a cuya obra he consagrado exhaustivos estudios y traducciones. Ambos tuvieron afecto por Gerardo de Nerval, a quien menciona Ramos Sucre en una carta escrita desde Europa. En el famoso poema en prosa de Daumal, «Poesía negra y poesía blanca», pudieran hallarse coincidencias entre ambos poetas de breve vida, pues Daumal murió a los 36 años y Ramos Sucre a los 40.

No es utópico encontrar ciertas similitudes o afinidades en cuanto a la actitud ante la poesía, la autenticidad y la precisión lingüística, aunque Daumal exploró en los juegos peligrosos de la «metafísica experimental», experimentos de los que salió ileso, para emprender el sendero trascendente del pensamiento oriental y profundizar en el *Vedanta* y en el arte poético de la India y los poderes de la palabra. Sobre esos temas escribió magníficos ensayos, traduciendo con acierto en forma pionera diversos fragmentos de importantes textos sánscritos sobre la poesía (*kavya-sastra*), desconocidos entonces en Europa.

El esmero de Ramos Sucre por la exactitud de la palabra en la expresión escrita, queda de manifiesto en un importante consejo intelectual a su querido hermano Lorenzo Ramos:

Lo que se escribe debe tener un solo adorno: el de la exactitud. Lo que se escribe no debe causar efecto, ni alarma

en el lector, la expresión no debe sonar jamás a discurso, a elocuencia declamatoria y tribunicia. Nunca, en lo que se diga, haga o escriba, se debe llamar la atención. En este principio se fundan todas las virtudes sociales.

Muchos años después de su primer sacramento cristiano, Ramos Sucre escribió lo siguiente en el reverso de su tarjeta de bautismo, en perfecto francés: *Le mystere n'est pas encore éclairci, mais on a souleve un coin du voile* —«El misterio aún no ha sido esclarecido, pero hemos levantado una punta del velo»—, siendo este un hecho poco divulgado o conocido.

En la vida y la obra de Ramos Sucre se han contemplado los arquetipos del ascetismo y la soledad, prefigurando su estampa comparada a la de un monje medieval. Sin embargo, su obra supera la imagen cautiva del ermitaño solitario, aunque pudiera haberlo sido socialmente, incluso desde su abnegada infancia consagrada al estudio, la lectura y el aprendizaje de varios idiomas, para entronarse en una dimensión poética que trascendió las fronteras de la cultura venezolana de su tiempo. Esa imagen ha venido siendo aclamada o malentendida en el transcurso de las décadas posteriores a su muerte, hace ya 94 años, para el 2025.

Las austeras características de su soledad quedan reflejadas en su obra, rica en matices de erudición clásica y fabulaciones elaboradas para construir una peculiar alquimia verbal. Al orquestar una escritura prolija en connotaciones narrativas, el poeta tal vez se escapaba de su condición solitaria. Ramos Sucre configuró un universo donde se fusionan premoniciones y leyendas, ficciones y mitologías. Sus poemas en prosa están poblados de alusiones herméticas, escenarios lúgubres y recreaciones fantásticas, animadas por personajes mitológicos y novelescos, emanados de sus lecturas y transfigurados por su fértil imaginación y su capacidad fabuladora.

Sus textos, densos y rigurosos en su perfección formal, nos revelan también una imaginería de múltiples facetas, alucinada por el poder de la palabra y la capacidad descriptiva. Ramos Sucre forja esmeradamente una sintaxis singular, evitando el abuso de las conjunciones y el «que» relativo, utilizando una puntuación y adjetivación acoplada al sustantivo, quizá anacrónicos, pero de gran impacto lírico. Esos aciertos, signos de su escritura precisa y elegante, configuran también una modulación rítmica y una cadencia y resonancia musical. La composición magistral de la frase, de corte breve, preciso y elocuente, engarzando glosas y narraciones y fabulaciones, se vuelven a veces crípticas, pero dotadas de gran entonación poética y sugerencias simbólicas.

Se ha destacado en Ramos Sucre el insólito y admirable uso de los adjetivos, acoplados con sorprendente efectividad a los sustantivos. Esa distintiva destreza confiere a su prosa poética singulares matices y originalidad, respaldada por una gran coherencia verbal, no exenta de refinamiento y fascinación.

Aunque el poeta cumanés no escribió en verso como los poetas de su tiempo, ni un solo poema rimado, su concepto de la cadencia poética en prosa tiene una gran belleza y vigencia. También posee notables signos de modernidad, de espaldas al romanticismo. Ramos Sucre puede ser considerado como uno de los maestros del género de la poesía en prosa, preconizada por la figura de Aloysius Bertrand (1807-1842) —quien distorsiona la lógica narrativa y cuya obra fue conocida un siglo después de su muerte—. Tal género expresivo sería proseguido por Baudelaire. Esa línea culminó admirablemente en el Rimbaud de *Una temporada en el infierno* y en sus *Iluminaciones* —¿podría compararse el Ramos Sucre cumanés con el genio del *enfant terrible* de Charleville?—.

Entre los chispazos fulgurantes de los grandes poetas sobresalen ciertas técnicas pictóricas y simbolistas, con influjo posterior

en la poesía hispánica, acervo de donde surgieron otras expresiones líricas en prosa, tal como ha sido ponderado por ciertos autores, no solo por algunos surrealistas, sino en las voces decantadas del maestro Pierre Reverdy, la poesía de René Char y en el lenguaje suntuoso en la crónica de Saint-John Perse, así como en otros autores que también cultivaron el poema en prosa.

Deslindándose de la opinión que tenía Baudelaire, para quien la originalidad del poema radica en la rima y las correspondencias secretas, Ramos Sucre todavía se destaca como una de las figuras más originales de la poesía hispanoamericana. Así lo ha afirmado la historia y evaluado la crítica literaria, a pesar de que no cultivó la rima ni escribió poemas versificados.

Por su innato valor poético y su fuerza expresiva, la obra de Ramos Sucre se sigue resistiendo a la dura prueba del tiempo. Así lo expresó Carlos Augusto León, quien fue su alumno de latín en el Liceo Caracas y uno de sus discípulos predilectos. En 1945, él escribió la primera apología sobre su maestro, *Las piedras mágicas. Hacia una interpretación de José Antonio Ramos Sucre*.

El autor de *El cielo de Esmalte* y *Las formas del fuego* nunca solicitó en vida ningún apoyo crítico ni comentarios sobre su obra. Ramos Sucre fue ajeno a las demandas y las muestras ramplonas de la adulación y el oportunismo, tan comunes en los arribismos pueriles de los cenáculos literarios irrelevantes. Cuando aparecieron sus libros, al dárselos a su amigo Eduardo Arroyo Lameda, le dijo que «ya podía morir tranquilo», sabiendo que su poética sería inmortal, a pesar de haber invocado «el olvido insomne».

El valor genuino de la obra de Ramos Sucre se fundamenta en su autenticidad y su magistral expresión poética. En su propia existencia fue afectado por varias angustias, desolaciones y

abatimientos físicos, padecidos a causa del prolongado insomnio, causa fatal de su lamentable final. Esas dolencias quedan sublimadas en su obra mediante la transfiguración estética. En un *dossier* publicado como homenaje centenario al poeta cumánés, Carlos Augusto León refiere lo siguiente:

En la Caracas de aquellos tiempos, el joven poeta, en compañía de un extraño amigo, muy leído, quien posaba de cínico, Oswaldo Sáez, caminaban por la noche, desde La Candelaria a El Paraíso, solo por estar un rato frente a la casa donde dormía su «amada», quien por cierto nada sabía de todo esto. Atravesaban la ciudad dormida, desierta, silenciosa. «¿Adónde va, poeta?», le preguntaba Pedro Sotillo, de vigilia en el balcón de su periódico. «De aventura, don Pedro», pe... algún día nadie sabía cómo, le sorprendería una aventura... que nunca llegó. Pero en cambio, Oswaldo y él se encontraban, a filo de media noche, con «aquel hombre menudo, siempre báculo al brazo» dando vueltas a la Plaza Bolívar, a tiempo que, en ocasiones como si musitase algo... interrumpíamos aquel monólogo, donde tal vez estaba haciendo poesía. Conversábamos y él nos narraba una anécdota, con aquella risa suya sarcástica y sonora. A veces era él quien nos detenía y nos daba su meditación del momento².

Alba Rosa Hernández, prominente estudiosa de la obra del poeta y autora del libro *Ramos Sucre: La voz de la retórica*, nos apunta lúcidas reflexiones en el mismo *dossier* donde se recoge la cita anterior. En su artículo «La melodía visible», señala lo siguiente:

Ramos sucre funda la intensidad del lenguaje en el conocimiento de la tradición literaria anterior, en ciertos

arquetipos que la vigilan, lo controlan. Un poeta como Whitman, desenfrenado, caótico, sin medida —desmesurado—, es opuesto a la norma, el código, la simetría de Ramos Sucre. En suma, su crítica a Whitman se centra en su irrespeto a las convenciones literarias, incluso a las normas gramaticales³.

En una osada comparación del significado de la «lámpara de arcilla» del retórico, con el idealismo del mito platónico de las cavernas, la mencionada autora coteja ambas ideas en la poética de Ramos Sucre:

... la cual parece responder a la noción platónica de dos mundos: el mundo de los fenómenos visibles y el mundo de las ideas, arquetipos, que no vemos sino en la proyección imperfecta de este mundo... Por eso, los personajes de Ramos Sucre renuevan una escala extrema que va desde la santidad hasta lo demoníaco.

Tal declaración se apoya en una reflexión que hiciera el propio Ramos Sucre en su escrito «Ideas dispersas sobre Fausto», texto incluido en la referida publicación póstuma *Los aires del presagio*, donde se extrajo la frase siguiente en torno al humanismo: «La humanidad es esencialmente una misma en todas partes...». Este señalamiento particular, el humanismo y la trascendencia de la obra poética de Ramos Sucre, admite diversas interpretaciones. La obra de todo gran poeta es inagotable y se resiste tanto a las interpretaciones sesgadas, como a los análisis semánticos formales y las críticas literarias unilaterales o arbitrarias.

Tras la desaparición del poeta no se puede decir que no hayan aparecido diversas publicaciones de su obra ni abundantes interpretaciones críticas bajo diferentes perspectivas. Basta considerar el grupo de referencias bibliográficas incluidas al principio

de este trabajo. Entre ellas pueden resaltarse tres ediciones relevantes: la obra de Ramos Sucre publicada en el año 1979 por la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela; la edición de su obra completa en la Biblioteca Ayacucho en 1980; y cuando, en 1985, Monte Ávila Editores vuelve a publicar sus escritos.

Examinemos algunas de las características, claves y arquetipos de la poética de Ramos Sucre, construida con celoso empeño y rigor, donde el yo individual asume con frecuencia facetas despersonalizadas, perfiles complejos y hasta paradójicos.

ANOTACIONES SOBRE EL LENGUAJE POÉTICO DE RAMOS SUCRE

La precisa expresión del lenguaje ramosucreano ya se ha reconocido como sello original de su talento expresivo. Sus típicas y bizarras imágenes, de raigambre diversa, poseen un complejo simbolismo que ha suscitado diversas interpretaciones. Esa singularidad lingüística al construir sus textos se destaca entre los escritores de su tiempo. La versátil expresión lingüística de Ramos Sucre se constituye en un recurrente eje poético de acceso a la relectura e interpretación crítica de toda su obra. Ese distintivo incluye la factura de sus ensayos, reflexiones, aforismos y algunas traducciones espléndidas, como las que hizo del alemán de un conjunto de poemas en prosa de Luis Uhland.

En el curso del tiempo, después de su desaparición física, la poesía de Ramos Sucre parece ser insondable y poseer su propia dialéctica y significación intimista, sin excluir su erudición, sus influjos clásicos ni sus acentos trágicos, fantásticos o fabuladores. Esas características y claves recurrentes han sido evaluadas bajo distintas apreciaciones críticas y análisis hermenéuticos.

El complejo imaginario de su poesía sigue asombrando tanto a quienes se acercan por primera vez a su obra, como aquellos

que la conocen y la han revaluado. En sus textos siempre se destacan oscuridades y esplendores, destellos entre las sombras y chispazos de un genio forjador de alquimias verbales y alusiones del mundo fantástico. Ramos Sucre ensambla sus textos en prosa mediante el diestro manejo del lenguaje, sello de identidad de su abigarrada escritura, dotada de una coherente unidad orgánica. Estas notables características pasaron un tanto inadvertidas no solo en su época, sino tiempo después de su partida, a pesar del indudable valor universal de su obra literaria.

El gran poeta cumánés estaba persuadido de haber creado una obra imperecedera, tal como se ha confirmarlo en el tiempo, las valoraciones estéticas y los artículos críticos de interés creciente. No olvidemos que Ramos Sucre fue un políglota consumado. Si no hubiera tenido tan breve y acongojada existencia solitaria, pudiéramos preguntarnos: ¿Qué clase de poesía habría escrito y cuál podría haber sido la evolución de su obra? ¿Habría ocurrido un golpe de timón en su lenguaje, si hubiera conocido otras nuevas corrientes tras haber publicado sus libros emblemáticos?

¿Cuál hubiera sido la metamorfosis de su lenguaje? ¿Habría optado Ramos Sucre por expresarse en formas inéditas, adoptando una nueva morfología su prosa tradicional, siendo permeable al influjo de nuevas expresiones poéticas (no solo europeas), que irrumpieron en el postmodernismo, después de la muerte del poeta cumánés en 1930? ¿Habría sido receptivo a las tendencias surgidas en las tres décadas siguientes (del 40, 50 y 60), si Ramos Sucre hubiera llegado a vivir unos 70 años? Nunca lo sabremos, pues el karma individual es indescifrable, tanto para los poetas como para todos los mortales.

Quedan, no obstante, abiertas esas y otras interrogantes. Si a los 40 años Ramos Sucre ya había consumado una obra admirable, no es ficticio suponer que su evolución poética posterior podría haber sido quizá más asombrosa o depurada, en

su acendrada e hipotética madurez. Nadie puede secuestrar ni limitar el vuelo de la imaginación, patente en sus propios textos, fabuladores o inverosímiles para la etimología formal de las palabras allí acuñadas, pero es indudable que logró enmarcarlos en un lenguaje de figuraciones y anacronismos desconcertantes.

Las circunstancias sociopolíticas y culturales de la época histórica que le tocó vivir a Ramos Sucre en la Venezuela gomecista y, por otra parte, la distancia que lo separaba del caducado lirismo de los escritores venezolanos contemporáneos, sumergieron su atípica obra en una insoslayable discrepancia e incompreensión local. Estos factores contribuyeron a la gestación paralela de un estilo inédito y visionario desde la soledad del claustro exigente donde se refugiaba. Proyectó de esa manera solitaria su testimonio —¿«La vida del maldito»?—, en una atemporalidad lírica, metáfora del destierro interior que trasciende «las fronteras patrias». Su poética adquirió así gran relevancia, no solo en Hispanoamérica, sino universalmente. Él mismo estuvo convencido de ello, como se evidencia en ciertas confesiones epistolares. De haber conocido la obra de Ramos Sucre, Rubén Darío (que murió en 1919), lo hubiera incluido entre «los raros» del modernismo.

LAS REVALORACIONES HISTÓRICAS Y LOS RESCATES DE SU POÉTICA

Sin menospreciar ni desconocer las primeras apreciaciones literarias de quienes admiraron durante su vida el trabajo poético y la vocación humanista de Ramos Sucre, el primer impulso revisionista de su obra ocurre en 1945, con la aparición del ensayo «Las piedras mágicas», escrito por su querido alumno Carlos Augusto León, al publicarse en conjunto su obra. Con otras apreciaciones, este primer *elan* o impulso vital (bajo el concepto

dado por Bergson en 1907 en *La evolución creadora*), renovó el interés por explorar la obra de Ramos Sucre.

La segunda motivación renovadora surgió con un impulso más vigoroso. Ese impulso, tanto afectivo como colectivo, fue más determinante para revalorar y difundir con entusiasmo la obra poética de Ramos Sucre. Esa gesta rescatadora ocurrió al final de la década de los 60, a través de diversos protagonismos, publicaciones y programas culturales. El impacto prosiguió las décadas siguientes, hasta nuestros días. Estas observaciones ya han sido bien correlacionadas y esclarecidas. Así lo constata la bibliografía cronológica seleccionada en este ensayo y en otras referencias importantes.

Al forjar su escritura, Ramos Sucre parece eludir las alusiones a la temporalidad, al anecdótico y ritual cotidiano de ese animal de costumbre que es el individuo común, enmascarándose en una multiplicidad de rostros, de voces y ficciones. Al descartar la anécdota intrascendente y las vanidades del yo, Ramos Sucre depura y recrea en su escritura un tiempo otro, una dimensión legendaria. Bajo la influencia de las obras clásicas, fusiona y extrapola el ritmo convencional del relato dentro de un contexto mítico. Sus lecturas de la adolescencia reaparecen y se transfiguran; esa notoria influencia se manifiesta en sus textos capitales. Ramos Sucre construye sus relatos poéticos en formas evocativas, con medida, fluidez y desparpajo. Inaugura así una prosa sorprendente, rica en matices poéticos, giros modernistas y claves propias, ignorando los elementos retóricos del costumbrismo coetáneo y las formas versificadas convencionales, cultivadas por los escritores de su tiempo. Estos rasgos ya han sido destacados en las apreciaciones críticas, sin mencionar a sus partidarios ni sus detractores.

Ramos Sucre elude lo anecdótico con un propósito dialéctico, preservando la elegancia expresiva de manera certera y

suggerente. Sus poemas recrean un espacio propio y proyectan una dimensión cósmica, con un estilo personal, sobrio y docto, pleno de conocimiento filológico y arquetipos mitológicos, siendo consciente de la finalidad de los simbolismos, del poder de las resonancias musicales y de la tarea de las palabras.

Del alfa al omega de su alfabeto de fabulaciones, puede vislumbrarse en Ramos Sucre una ascesis simbólica y la intención dominante de una perfección expresiva del espíritu poético. Esta reiterada obsesión se convertiría en estímulo y tarea cotidiana, aspirando a cifrar en las palabras un testimonio hermético. Ese anhelo de perfección formal queda manifiesto no solo como metáfora, sino como exorcismo y transfiguración de la realidad. Así puede percibirse al abordar su lectura como aventura de un viaje solitario. Tal percepción ocurre con *El Aleph* de Jorge Luis Borges y sus complejas ficciones literarias. Celoso de sus hallazgos y de sus códigos herméticos, Ramos Sucre quiso resguardarse de futuras interpretaciones erróneas o disparatadas: «He escondido de los compañeros infieles el secreto de mi riqueza inagotable».

El autor de *La Torre de Timón* y *El cielo de esmalte* cincela las formas inauditas de su fuego prometeico con un acento trágico y laberíntico, con vislumbres de una abstracta belleza. La aparente complejidad interpretativa de la poética ramosucreana es solo para quienes no pueden descifrar los signos vitales de su búsqueda secreta. No es obvio adivinar la brújula mágica que guía la ruta del insomne en su tránsito fundamental por la palabra; ese viaje por el mar de la poesía, espacio imaginario donde emergen y desaparecen bizarros personajes y escenas de otro tiempo, dirigidos con maestría por su yo poético desde el puesto del timonel de la nave. Desde allí divisa o presiente el poeta tierras prometidas, horizontes de febril esperanza, cantos de sirenas o apariciones de monstruos y beldades legendarias.

Ramos Sucre asume una dimensión poética atemporal y una manifiesta *alteridad*—en el propósito de ser otro o de ser diferente—, sin negar la esencia de su yo intimista, cuyas voces opacas o altivas se insertan eclécticamente en densos relatos calidoscópicos, configurando una amalgama polimorfa, tal como se evidencia en muchos de sus poemas. Esa propuesta alteridad atemporal, signo del aspecto huido y misterioso de las narraciones de corte fantástico, confiere a la poética de Ramos Sucre un ambiente enigmático, no exento de sorpresa, medida ni fascinación.

Esas y otras particularidades y giros expresivos inéditos fueron introducidos por Ramos Sucre en la poesía venezolana como un nuevo estilo. Al principio pasó inadvertido o tal vez fue ignorado, por adelantarse a la tradición costumbrista de su época. Más era otra la vocación visionaria del poeta nacido en su «adorada Jerusalén», como así llamaba Ramos Sucre a su Cumaná natal.

Nunca debe excluirse en la valoración de sus textos la impecable concepción y pulcritud del lenguaje, la trama estructural del relato glosado y recreado. Tampoco debe ignorarse la formulación implícita del cuento breve, al recrear poéticamente una historia transformada en su génesis por el propio caudal imaginario del poeta. Esa típica constante ramosucreana es signo inequívoco de su estilo, a veces barroco o heterogéneo, distanciándose de las tendencias obsoletas de la escritura ecléctica, sin chispa y sin duende, anclada en el tradicionalismo conservador.

Al romper moldes y esquematismos líricos, tanto por la fuerza de su prosa poética, como por la belleza de su impecable expresión y estilo, la obra de Ramos Sucre fue al comienzo motivo de recelo e incompreensión. Sin embargo, su escritura poética se entronaría en la propia dimensión que le corresponde, aunque jamás haya usado el modo rítmico del verso ni la rima producto del sentimentalismo pueril. Su depurada poética va a distinguirse por otras cualidades y rasgos auténticos.

CARACTERÍSTICAS SOBRE LA POÉTICA EN PROSA DE RAMOS SUCRE Y SU ESTRUCTURA LINGÜÍSTICA

En las páginas anteriores queda manifiesto el intento de dilucidar la poética ramosucreana. Por su gran significación polifónica, la obra de José Antonio Ramos Sucre continuará siendo fuente de exploración y revaloración. Como puede constatarse en el acopio de referencias bibliográficas listadas cronológicamente al comienzo, existen diferentes enfoques, análisis e interpretaciones críticas sobre Ramos Sucre.

No siendo posible abarcar en toda su amplitud la densidad de una obra semejante en un estudio puntual, conviene sugerir un esbozo representativo para motivar una mayor exploración bajo diferentes puntos de vista.

En la siguiente serie de viñetas, a manera de *tips* de interés pedagógico, se resaltan varios aspectos esenciales para promover la reflexión hermenéutica en torno a la obra de Ramos Sucre. Estos puntos pueden ser desarrollados bajo diferentes enfoques y propósitos, tanto por estudiantes de las escuelas tradicionales de Letras y en talleres literarios, como en otros foros o convocatorias, incluyendo a quienes se interesen por la obra de Ramos Sucre, al considerar estos rasgos destacables:

- El ambiente o entorno fabulador de sus poemas en prosa y las características más resaltantes de su escritura, tanto desde el punto de vista poético como gramatical.
- La recurrencia al adjetivo sorprendente, acoplado con magistral acierto al sustantivo, de manera precisa. Tales conjunciones afortunadas crean un impacto en el lector, no obstante, el uso frecuente de adjetivaciones aparentemente anacrónicas. Esta es una de sus peculiaridades sintácticas.

- Ramos Sucre despoja la frase de contenidos subjetivos, dándole un aire retórico e intemporal al poema. Este es otro aspecto sobresaliente de su escritura.
- La utilización dentro de la oración de formas de composición desusadas o arcaicas, que ofician como hallazgos poéticos, confiriendo un aire misterioso a sus textos, en los que se ha advertido una tendencia hiperbólica.
- El proceso fabulador y la recreación literaria de lecturas e historias clásicas, influyendo en el contexto del poema, siempre titulado de manera precisa y sugerente, como guía para el lector sobre el contexto.
- La tendencia narrativa y/o descriptiva de su poética, diferenciándose de las actitudes líricas convencionales y de los escritores de su época.
- La «muerte blanca» y el sentimiento de fatalidad, un estar entre dos mundos y «el signo molesto de la realidad»; estas y otras alusiones simbólicas reaparecen en la trama verbal de Ramos Sucre con ingente insistencia, propiciando el factible análisis psicológico, como interpretación complementaria de motivaciones intimistas, en un marco analítico y estructural.
- La imaginación novelesca manejada mediante una narrativa poética, con admirable preciosismo y rigor lingüístico, poco común en otros escritores venezolanos. Ramos Sucre fue por ello criticado e incomprendido en su tiempo. Su desuso de la rima convencional y el escribir sus textos exclusivamente en prosa también fue motivo de disensión.
- La discusión obsoleta sobre los elementos diferenciales entre prosa y poesía se aplica al caso de Ramos Sucre en concordancia con el criterio de Roland Barthes sobre este tema tan trillado (ver los *Ensayos críticos* del autor francés, así

como el libro de Jacques Garelli, *La gravitation poétique*, Mercure de France, París 1966).

- El desafío de J. A. R. S. a las formas tradicionales de la rima y la métrica, oponiendo una poesía de mayor libertad formal, de impecable factura y estructura lingüística.
- ¿Es la poesía de Ramos Sucre una escritura de tono satánico o dionisiaco, como se ha visto en algunos personajes de sus textos? ¿De qué manera se justifica esta aseveración?
- La edificación del poema como una estructura narrativa flexible, a la vez rigurosa y de mayor precisión que el verso libre, irregular y muchas veces caprichoso, al margen de los estilos imperantes.
- Los poemas en prosa de Ramos Sucre tienen una irreprochable pulcritud en su construcción gramatical. El poeta confesó haber trabajado laboriosamente sus escritos, existiendo en algunos casos distintas versiones de un mismo texto.
- El desencanto, la soledad, la vigilia atormentada, el exilio voluntario y el insomnio crónico que padeció, quedan plasmados en su poética, reflejo de su existencia trágica.
- La pulcritud en el uso de un lenguaje preciso y elocuente, imbuido de erudición y clasicismo, se destacan en sus poemas, iniciando una ruptura con la lógica simplista de la versificación tradicional.
- Los puentes establecidos en el texto entre la realidad y lo imaginario, la abstracción y lo concreto.
- La supresión del «que» relativo como pronombre. Sobre este punto, conviene insertar en esta sinopsis temática la justa apreciación de otro buen poeta venezolano, quien fue alumno de Ramos Sucre y autor de su biografía más reconocida:

Esa eliminación —del que, aclaro— no es la única muestra, sino una prueba más, de su constante preocupación por la palabra, por la pureza, la precisión y la elegante musicalidad del lenguaje. Esa preocupación y el trabajo constante por pulir y limar las obras de su sensibilidad, ha de ser tomada muy en cuenta por las nuevas generaciones. Vivimos en desgano, en tal aspecto fundamental de la obra poética y literaria. Quien poseyó muchas lenguas aprendió a amar la suya, así como el viajero por muchos países aprecia mejor, el retorno, su tierra natal.

- El poder de la imagen es otro rasgo esencial de su arte poética. Sobresale asimismo en sus relatos la descripción esmerada de los personajes literarios, reales o ficticios, mediante superposición de planos paralelos y remembranzas que oscilan o se fusionan entre esoterismos crípticos.
- La propensión a la síntesis y la frase aforística, utilizando el lenguaje con precisión quirúrgica, imbuido de simbolismo: *El hombre ha inventado el símbolo porque no puede asir directamente la realidad*, sentenció el poeta en su «Granizada», un ramillete de aforismos publicados en forma esporádica entre 1927 y 1929, en la revista *Élite* y en *El Universal*. Fueron luego recopilados conjuntamente por primera vez en 1960 por Rafael Ángel Insausti, en la mencionada edición *Los aires del presagio*. Esas agudas sentencias aumentaron y se reeditaron en otras publicaciones posteriores de la obra completa de Ramos Sucre. De ese raro legajo —diciendo mucho en sucintas palabras— se destaca esta decena de aforismos: 1) *El tiempo es una invención de los relojeros*; 2) *Vivir es morir*; 3) *El bien es el mal menor*; 4) *La Gramática sirve para justificar las sinrazones*

del lenguaje; 5) Es buen escritor el que usa expresiones insustituibles; 6) El hombre se casa cuando no tiene otra cosa de que ocuparse; 7) Enamorarse es una falta de amor propio; 8) La aristocracia no se da en la especie humana; 9) La historia no sirve sino para aumentar el odio entre los hombres; 10) La incertidumbre es la ley del universo.

- ¿Es la obra de Ramos Sucre extemporánea y aburrida, como ciertos críticos han señalado? Todo poeta o artista tiene sus admiradores y opositores. ¿Dio Ramos Sucre la espalda a las vanguardias literarias locales del modernismo y otras corrientes renovadoras?
- ¿Es visto Ramos Sucre como poeta parnasiano (por su tendencia perfeccionista), simbolista o modernista?
- La conclusión habitual de sus textos con una moraleja y/o desenlaces insospechados o sorprendidos, otorga un carácter dramático a ciertos relatos y fabulaciones poéticas.
- Las figuras alegóricas y dispares del topo y el lince en la «sabiduría secreta» de Ramos Sucre como emblemas subjetivos, confiere una suerte de mágica y enigmática armonía a su poética (ver el poema «El herbolario»). Véase también el libro de Ilis M. Alfonzo, *La búsqueda secreta de Ramos Sucre*, UCV, 1988).
- Ramos Sucre acusa una «hipnótica fascinación por los abismos» y lo tenebroso —como apunta Pérez Perdomo en su egregio análisis de la obra de Ramos Sucre en la recopilación antológica de Monte Ávila—, siendo también «el poeta del dolor» y la nostalgia (al compararse con Leopardi), sin descartar los arquetipos subjetivos de su propio subconsciente. Se cumplen así varias fases en la construcción de sus textos, como lo indica Pérez Perdomo en su apreciación crítica, al recorrer el telón de fondo de la poética ramosucreana:

Presentar una especie de telón de fondo, situar y problematizar el hecho anecdótico y proponer una explicación simbólica, parecen ser las tres etapas cumplidas por Ramos Sucre en la construcción silogística de gran parte de sus estructuras o unidades poéticas...

- ¿Es Ramos sucre un poeta insomne o alucinado? Habría que explorar y contrastar las relaciones e influencias en su obra poética con otras voces de la poesía universal.
- El valor universal de la obra de Ramos Sucre y la posible ascesis a una interpretación metafísica y/o hermética. El poder de la imagen y la metáfora en su poesía.
- Su poética está arraigada en enigmas, conjeturas, fábulas, simbolismos, alegorías, horrores, ritos, liturgias, crueldades históricas, extravagancias, hechizos y recreaciones mórbidas, etc. Las claves semánticas de acceso simbólico y psicoanalítico, deben partir del análisis objetivo de textos específicos.
- Ramos Sucre reescribió diversos poemas, suprimiendo incluso fragmentos notables. En las próximas páginas veremos un ejemplo de esta afirmación, en el caso específico del poema «Mar latino», del cual suprimió el párrafo final.
- La reiteración de ciertos símbolos, palabras, personajes sombríos y escenarios lúgubres, relacionados con la muerte o situaciones trágicas, no son simples elecciones azarosas utilizadas o propuestas como metáforas retóricas; sino que responden a recurrencias intimistas y reflejan las obsesiones manifestadas en varios textos, como ideas fijas, reelaboradas en el subconsciente y transfiguradas en la trama de su escritura, dando acceso a interpretaciones más psicológicas que literarias de su obra. Ramos Sucre parece establecer una comunicación secreta con su propio pensamiento, en diversos grados de oscura simbología. Así lo denota su sentencia:

«El hombre ha inventado el símbolo porque no puede asir directamente la realidad». («Granizada»)

- El vasto universo literario en la poética de Ramos Sucre es otro punto a considerar sin prejuiciados análisis críticos. Véase *El poeta ante la crítica*, una serie de importantes apreciaciones de varios autores, publicación de Monte Ávila Editores, Caracas, 1981, 254 páginas.

Como ya dijimos, los rasgos aquí presentados, junto a otros aspectos críticos complementarios, pueden servir de basamento y punto de partida para un desarrollo más detallado, el cual puede ser implementado en un taller literario o en cursos más especializados sobre la obra de Ramos Sucre y sus características fundamentales.

MÁS ALLÁ DEL MITO Y LA LEYENDA TRÁGICA DEL POETA

Para situar en su justa dimensión la obra poética y la figura humana de Ramos Sucre, es preciso deslindarlas del mito y de la trama tejida en torno a su destino trágico y su personalidad doliente. El enigma sobre su personalidad y su poesía se generó por décadas, producto de diversas apreciaciones críticas y especulaciones sobre el personaje, ya convertido en leyenda.

El intento de vislumbrar la dimensión real de Ramos Sucre, tanto en su obra como en la ruta insomne de su vida, puede centrarse únicamente en tres o cuatro fuentes confiables y exentas de paradojas: las versiones originales y los testimonios directos de quienes lo conocieron —amigos, alumnos y contertulios de la época—; algunas crónicas y notas literarias de ese tiempo; las interpretaciones posteriores; y la desnudez que nos ofrecen sus propios poemas y sus escritos, reunidos en su obra completa.

Para establecer una imagen fidedigna del personaje cuya semblanza nos ocupa, se requiere considerar la veracidad de las dos

primeras opciones, aceptándolas literalmente y/o poniéndolas bajo escrutinio. En la tercera o cuarta posibilidad —sus propios textos—, hay que considerar que ese acercamiento puede ser subjetivo.

Los poemas de Ramos Sucre están sembrados de múltiples indicios autobiográficos que es preciso descifrar del contexto puramente literario. En algunos textos asomó indicios confesionales de su carácter —o de cómo se veía a sí mismo—, junto a descarnadas alusiones y complejas interpretaciones de su propia imagen, metamorfoseada entre ficciones de otros personajes, encubriendo la identificación del valor testimonial directo.

Aunque los factores de escrutinio planteados son lícitos acercamientos para intentar desentrañar los enigmas del poeta insomne, toda exploración crítica debe ser un honesto intento por despojarlo del halo tenebroso con el cual se ha investido su personalidad. No obstante, conviene tener cautela en dicha aproximación exploratoria, evaluando vida y obra con ponderación, sin cometer excesos ni parcialidades arbitrarias.

Algunos de sus contemporáneos han afirmado que el poeta tenía fino sentido del humor. Él solía alternar alegremente los domingos con un grupo de allegados, compartiendo como cualquier otro personaje de ese tiempo las bonanzas de la Caracas de la primera década del siglo XX.

¿Es la poesía de J. A. R. S. un portento de ficción, una quimera o un fenómeno lírico de elaboración prosística? Ramos Sucre fue más que un «raro» en su tiempo, signado por un halo trágico, diferente al de Vallejo, que murió en París y sin aguace-ro, en 1938, ocho años después de Ramos Sucre. A no ser por las circunstancias cronológicas y los inexorables designios del azar, merecería ser incluido entre «los raros» de Rubén Darío, quien, en el prólogo de ese libro, firmado en París al comienzo de 1905, cuando Ramos Sucre tenía apenas 15 años, confesó sin

reparo: «Confesaré, no obstante, que me he acercado a algunos de mis ídolos de antaño y he reconocido más de un engaño de mi manera de percibir».

En la poética ramosucrena también se percibe un cúmulo de contradicciones y/o ambivalencias, como antípodas del rostro dual de Jano, el dios romano. Precisemos bien este parecer: en la obra de Ramos Sucre alternan la bondad y la maldad, la lucidez y el delirio, los personajes de luz y de tinieblas, las palpitaciones racionales e irracionales, las condiciones humanas patológicas y mitológicas, entre otras polaridades. Se da acceso a un vasto espectro del subconsciente humano: bullen allí las propias tensiones subjetivas del poeta venezolano, no excusado de armonías celestiales ni del desgarramiento interior, no es ficticia la desazón por sus desvelos ni el desasosiego a causa del agobiante insomnio que padeció durante ocho años.

En tal sentido, Ramos Sucre prefigura y construye su propio mito literario, al margen de la realidad social que lo atormentaba, tejiendo fabulaciones sobrenaturales, sumidas a referencias librescas mezcladas con episodios de carácter testimonial. En ese hilado prosístico enmarca sus narraciones poéticas, envueltas en un aura de enigma y encantamiento digno de atención, alejándose por voluntad propia del escenario geográfico de su tierra natal. He ahí una ausencia tácita, proclive al lúcido exilio.

La tupida raigambre de su escritura, perceptible en casi todos sus textos, rescata la validez de su expresión poética, la cual radica en la coherencia formal y la auténtica intensidad que certifica sus obsesiones y vivencias recónditas. Esa puesta en danza de las palabras refinadas no es una factura puramente literaria; Ramos Sucre diseminó en sus textos ciertas visiones personales y confesiones existenciales que es preciso evaluar apropiadamente. Basta escoger un legajo de sus poemas más representativos para confirmar estas y otras observaciones.

Se ha comparado o vinculado el exotismo de sus textos narrativos con ciertas inquietudes místicas y desaforadas de autores simbolistas, de corte fantástico o religioso, como Gerardo de Nerval, Edgar Allan Poe, Lovecraft, Hoffman o Quiroga; así como con las gestas del romance trovadoresco y otros personajes que se evadieron del doliente mundo cotidiano para configurar su propia realidad imaginaria, poblada de narraciones, misteriosas, fantasmagorías, visiones oníricas tenebrosas, simbolismos alquímicos y alusiones inescrutables.

Tales transacciones de lo real a lo imaginario o viceversa no son ajenas a la gravitación poética, operación sublime del espíritu que inventa símbolos y metáforas para acceder a otra dimensión de la belleza y de los misterios arcanos, impalpables por el ojo común. Se cultivó esa ascesis liberadora en el surrealismo y mucho antes, en aras de la transfiguración de lo real mediante el acto poético o el género de ficción, hasta en la prosa llameante de Rimbaud y su precoz alquimia verbal. Se ha contemplado también esa escalada bajo la dimensión de un *yoga* poético, como lo ha afirmado Jean Biés en un conocido artículo*.

El empeño de Ramos Sucre por recurrir y ahondar en la dimensión sobrenatural mediante el recurso figurativo, responde a una especie de fascinación y al intento de exorcizar lo cotidiano en el plano literario, como una aventura meramente imaginaria. Esas operaciones de esa voluntad creadora traslucen los anhelos de la experiencia espiritual y del mundo interior. Tal fue el postulado fundamental de René Daumal en la «metafísica experimental» y en el lema «revolución-revelación» del grupo *Le Grand-Jeu*, con sus camaradas simplistas de Reims; experiencia narrada en la fantástica novela *El monte análogo* y en otros testimonios sobre una vivencia que sobrepasa a las palabras.

* *Revista Nacional de Cultura*, Año 1986, número 261, mes: Abril-Junio, Volumen 47.

El peligro ante los abismos insondables del alma poética radica en asomarse impunemente al filo oscuro del mito sin una guía confiable. Cuando se analiza la obra de un poeta de la talla de Ramos Sucre en su búsqueda secreta, así como en otras exploraciones *borderline*, es incurrir en los esquematismos de la crítica literaria convencional, sin cotejar en creación vibrante del poeta literatura y vida. No es posible abordar arbitrariamente el complejo laberinto psicológico individual con la teoría de los arquetipos. Ese intento conduce a un infinito incierto. El escrutinio racional de lo insondable es limitado. El alma de la poesía (y de los poetas) se resiste a las especulaciones cosificadas ante la vastedad de las obras maestras, desde los *Upanisads* y Homero hasta los haikús, los románticos, el postmodernismo y las expresiones del *New Age*, con toda la amplia gama implicada.

Dejemos pues en su propio marco literario y humanista la obra de José Antonio Ramos Sucre, más allá del enigma y de su fortuita leyenda.

LA INFLUENCIA DE RAMOS SUCRE EN LAS NUEVAS GENERACIONES

En este esquema interpretativo cabe mencionar la indudable atención e influencia que ejerció la obra de Ramos Sucre en la nueva poesía venezolana. Más notoriamente, a partir de los años sesenta, su figura representó un punto de inflexión para las motivaciones creadoras de jóvenes poetas.

La obra del poeta cumánés se proyectó entre nosotros como un baluarte. De allí la gesta por su rescate y su trascendencia. Ese entusiasmo determinante ocurrió, como ya dijimos, en la generación de los 60 y en las décadas posteriores, de cuyo movimiento fuimos partícipes y protagonistas directos. Así queda históricamente manifiesto en diversas declaraciones y remembranzas:

Ramos Sucre sobresale por la universalidad o cosmopolitismo de su poesía, sin ataduras visibles a una identificación regional específica. Es la vía del acercamiento que siguen los jóvenes poetas venezolanos de Sardio, Tabla Redonda y El Techo de la Ballena. Ellos colocan al poeta en un nivel de reconocimiento especial: Ramos Sucre es el más adelantado, el precursor que señala el camino a seguir, el que orienta la ruta del desenfado con los estilos tradicionales, a la par de los descubrimientos de la poesía francesa y otras expresiones líricas de vanguardia.

Se produjo así una transformación generacional y una toma de conciencia poética. Con la sacralización del autor de *La Torre de Timón*, se fue estableciendo desde entonces como el poeta venezolano más importante de las últimas décadas, tanto en el ámbito poético como narrativo.

Reiteramos que las últimas cartas de Ramos Sucre escritas en Europa son esenciales para conocer su ánimo final y constituyen una importante fuente de investigación, debido a los testimonios directos de ese legajo epistolar, aunque ese manojito de cartas fue conocido a partir de su publicación en *Los aires del presagio* y, posteriormente, en otras referencias. De esa correspondencia se han extraído confesiones inéditas sobre el desorden nervioso de Ramos Sucre en Europa durante su actividad como diplomático. Yace en varios sanatorios especializados en tratamiento por su afectación física y mental, aquejado por la enfermedad y el desasosiego. El ánimo del poeta se desvanece a causa del implacable insomnio crónico.

De ese grupo de cartas finales, cabe entresacar los tres fragmentos siguientes de conmovedora importancia:

El desequilibrio de mis nervios es un horror y solo el miedo me ha detenido en el umbral del suicidio. Uno no hace lo que quiere sino lo que le permiten las circunstancias de

herencia, educación, salud o enfermedad corporal, etc. Nuestros actos son involuntarios y hasta irreflexivos.

(...)

Los juicios acerca de mis dos libros han sido muy superficiales. No es fácil escribir un buen juicio sobre dos libros tan acendrados o refinados. Se requieren en el crítico los conocimientos que yo atesoré en el antro de mis dolores. Y todo el mundo no ha tenido una vida tan excepcional. Solamente Leopardi, el poeta de la amargura. Alguien ha apuntado ya mi semejanza con el lírico y filósofo italiano. Lírico es el que habla de sus propias emociones. (*Carta a su hermano Lorenzo*, fechada el 25 de octubre de 1929)

(...)

Estoy en casa de Mühlens y espero curarme del intestino, autor de mi derrumbamiento. Los insomnios, de una tenacidad inverosímil, amenazan de cerca mis facultades mentales. (*Carta a José Nucete Sardi*, Caracas-Hamburgo, 7 enero de 1930)

Los pesares acumulados parecen haber sido la causa decisiva, entre otras de menor severidad, de la paulatina devastación psíquica final de Ramos Sucre en Ginebra, como él mismo expresa en otra epístola a su hermano Lorenzo y a su amiga Dolores Emilia Madrid, cuando confiesa que los médicos no han descubierto cuál es la causa que lo derriba: «Tú sabes que mi cadena siempre fue muy corta y muy pesada. Nací en la casa donde todo estaba prohibido».

Como su admirado Ovidio al final de *Las Metamorfosis*, Ramos Sucre estaba consciente de su obra perdurable: «Creo en la potencia de mi facultad lírica. Sé muy bien que he creado una obra inmortal y que siquiera el triste consuelo de la gloria

me recompensará de tantos dolores». Sus poemas «Preludio» —el primero que aparece en *La Torre de Timón*— y «Residuo» —el último que escribió poco antes de morir, se entonan como alfa y omega de su doliente poética, en el cénit de su persistencia visionaria. Ambos textos emblemáticos han sido incluidos al principio y al final de esta publicación.

En una nota de profunda conmoción, escrita por Augusto Mijares tras la noticia de la muerte de Ramos Sucre, se advierte el aprecio y la valoración de su obra de parte de algunos de sus contemporáneos, así como el apático desdén de otros personajes, por motivo de la pérfida envidia y la molesta incompreensión:

Poeta en prosa y como tal ininteligible y molesto para los burgueses que no acceden a aventurarse en el torbellino lírico sino cuando han sido precisamente advertidos por la apariencia de los renglones cortos (...) Poeta que convive con los personajes de Dante, Shakespeare y Homero, y siente y quiere afirmar que ellos tienen una realidad más cierta y más legítima que la del transeúnte callejero⁴.

Pese a la evidente adversidad de algunos contemporáneos, no se puede afirmar que la poesía de Ramos Sucre fuera realmente ignorada o inapreciada. El poeta mereció en vida finos elogios y no pasó por alto el valor de su obra para un puñado de amigos, aunque su propio recato y sobriedad le impusieran el aislamiento intimista por voluntad propia.

Ramos Sucre quizá asumió una especie de modesta clandestinidad, sabiendo que su objetivo estético era distinto y le exigía plena atención. Por eso se distanció de una época adversa a su ideal creativo y a su estilo literario, siendo consciente de la absurda incompreensión sobre su poesía.

Ya se mencionó que el reconocimiento más categórico de su obra ocurrió décadas después, con la insurgencia de nuevas voces

poéticas en el país. Retomemos aquí ese período revitalizador: entonces abogamos por el rescate de la obra y la trascendencia del autor de un manojo de textos tan relevantes como «Preludio», «La vida del maldito», «El extranjero», «La redención de Fausto», «El peregrino de la fe», «La cábala», «La penitencia del mago», «Tácita, la musa décima», «El episodio del nostálgico», «Omega», «La verdad», «El solterón», «Mar latino», «El festín de los buitres», «El romance del bardo», y otros relevantes poemas, muestras inconfundibles de su capacidad alegórica y su magistral prosa poética. El arte poética de Ramos Sucre fue asentándose más y más entre los poetas del porvenir.

De sus tres libros cabe destacar un cúmulo de textos de esencial valor y resonancia. Entre otros, han merecido suficiente atención de la crítica literaria, dentro y fuera de Venezuela.

Hasta aquí solo un resumen de su influjo, una cápsula del merecido aprecio que suscitó entonces su obra palpitante.

ALGUNOS ANÁLISIS Y PROYECCIONES

Ramos Sucre recrea temas y episodios de la mitología clásica recomponiendo su origen e introduciendo glosas subjetivas en la secuencia del texto. Al recrear el tema ensambla nuevas situaciones que funden el pasado al presente, reiterando ecos y reconstruyendo voces y personajes que giran entre la fabulación y la realidad imaginaria.

Se mencionó que Ramos Sucre reescribió diversos poemas. Eso puede cotejarse al comparar las versiones iniciales con el resultado que eligió publicar.

En los siguientes párrafos veremos un ejemplo específico de tal declaración. Ramos Sucre reformó fragmentos, suprimió frases, hizo añadiduras y/o corrigió palabras, existiendo diferentes versiones de un mismo texto.

No ha sido fácil descubrir sus manuscritos para determinar las comparaciones y establecer las diferencias del primer esbozo con la versión definitiva que consideró publicable. Como en otros textos intervenidos, reformados o desglosados, se destaca en estas correcciones el caso del poema «Mar latino», el cual merece un oportuno comentario debido sus singulares características.

En este escrutinio particular se han descifrado algunas claves que permiten considerar cierta simbología y el análisis de varios términos de connotación erótica. Tenga en cuenta el lector que Ramos Sucre pondera el equilibrio de las tensiones poéticas en su lenguaje suntuoso, hilvanando con justa templanza emotiva el equilibrio del poema; rasgo indudable de su maestría en el tratamiento prosístico de sus composiciones estéticas.

La versión definitiva del poema «Mar latino», tal como fue considerada por Ramos Sucre, se encuentra en su libro *Las formas del fuego*, que contiene 126 poemas y fue publicado en 1929, un año antes de su muerte. Ese fue un momento azaroso donde tuvo dificultades para concentrarse en su trabajo, debido al recurrente insomnio que lo perturbaba diariamente. Ese mismo año también publicó su otro poemario *El cielo de esmalte*, integrado por 132 poemas.

EN TORNO AL «MAR LATINO»

«Mar latino» es el poema N.º 63 de *Las formas del fuego*. José Antonio Ramos Sucre dedicó el libro a Carmen Elena de Las Casas —«la más hermosa mujer de la Caracas de su tiempo», por quien el poeta profesó una pasión secreta—, en opinión de la escritora y académica venezolana Elena Vera. No es tan disparatado pensar, como hecho curioso, que la figura central de *La Iliada* también se llame Helena, a quien Ramos Sucre

transfigura en su rol y en su tiempo histórico —el de la narración homérica con el del poema—, en un diálogo idílico de compleja interpretación, el cual aparece en el propio texto y merece varios enfoques.

Esa singular beldad de la época caraqueña —y aquí ya tenemos fortuitamente tres Elenas; junto a la clásica helénica con la propia H inicial—, hubiera sido llamada por Ramos Sucre de una manera anacrónica (correcta, pero desusada), confesando que era escuchado por «una mujer floreciente del mismo nombre». Aparece entonces aquí la alusión directa a la mujer, como símbolo o pasión soterrada, en carne y hueso, cuando pronto declara el poeta que ella lo invita «a dejar el recuento de las calamidades fabulosas y a seguir el derrotero de una fantasía más serena...», frase que podría indicar la alusión a consumir una aventura erótica y olvidarse de los pasados infortunios amorosos y las fantasías platónicas no consumadas.

¿Fue acaso José Antonio, el hombre pulcro y acicalado, no desfavorecido en su apuesto semblante, un empedernido taciturno o un reprimido misógino, incapaz de conciliar algún romance desconocido? ¿Pretendió revertir su improbable timidez o su escasa osadía en el lance y cortejo de los amoríos, expresando en algunos poemas alusiones sesgadas a sus carencias, como una especie de catarsis liberadora?

En este contexto, debe entenderse apropiadamente el sentido de la palabra griega *kátharsis* (κάθαρσις), no como «expulsión de los fantasmas», sino como experiencia purificadora de las emociones humanas; una liberación del ánimo (manifestada en forma oral, escrita o gestual), la cual puede provocar una transformación del espíritu, en el sentido que ha sido descrito por la psicología y el psicoanálisis.

Es cuestionable la hipótesis de que la catarsis pueda compararse al *samadhi*, el estado de trance místico del yoga, o al

satori, la iluminación instantánea del budismo Zen. En la poesía y en el arte, la catarsis podría considerarse como descarga emocional, una transfiguración de ciertos estados de ánimo a través de la expresión estética, hecho que puede presentarse en cualquier manifestación artística e incluso espiritual, con ciertas diferencias.

¿Perseguía Ramos Sucre tan solo un ideal caballeresco y aristocrático al relatar o recomponer los romances amorosos? No hay evidencia de las intenciones subjetivas de su yo poético y tampoco hay claros vestigios de que se haya profundizado sobre este aspecto intimista suyo. Sin embargo, existen algunos artículos aislados con alusiones a la significación del rol que pudo haber tenido la mujer en la obra y en la vida del poeta cumanés.

No puede especularse que la inocencia, el desamparo y el erotismo patentes en la poesía de Juan Sánchez Peláez —amigo desde siempre y maestro de generaciones—, puedan compararse a la templanza afectiva que tenía para Ramos Sucre la figura de la mujer, con todas las interpretaciones posibles del caso. Sin embargo, se han apuntado ciertas correspondencias entre ambos poetas, las cuales debemos destacar.

Elena y los elementos (otra Elena), es el primer libro deslumbrante de Sánchez Peláez, cuya publicación aparece en 1951, estableciendo un punto de inflexión en la poesía venezolana moderna. Hemos dedicado a su obra no pocas páginas en artículos y ensayos. A lo largo de los años, compartimos muchas jornadas y experiencias inolvidables con el poeta y su querida compañera argentina, Malena Coelho.

Salvando las perspectivas históricas, puede destacarse un fragmento de Eugenio Montejo que refleja cabalmente la naturaleza del vínculo arriba señalado entre Sánchez Peláez y Ramos Sucre. Tal comparación tiene varios rasgos comunes, así como diferencias estilísticas, pero en ambos poetas se percibe un ideal

sensible común. Montejo ahonda en esa relación al comparar su actitud esencial ante la poesía:

Sánchez Peláez contaba en la poca eximia tradición poética de nuestro país, con la obra de un poeta de excepción, apenas reivindicado en los últimos años: Ramos Sucre. Advertir la necesidad de retomar, desde otros niveles expresivos, el intento de aquel poeta solitario, es ya un mérito de visión que aclara y fortalece su intento creador. De él heredará un trazo enfático y suntuoso de la palabra, así como una vigilancia tenaz que cuida la tensión de su poesía. Claro está, será otra la expresión de su sensibilidad, otro el universo que alimenta las formas de su imaginación, y la sola presencia del deseo como una altiva desnudez del yo lírico, que alcanza en él, como en los surrealistas mayores, un nivel mítico, bastará para diferenciarlo. Pero el celo que gobierna cada poema por medio de una selección de palabras a menudo eficaz, denota, no obstante, cierta fidelidad hacia el creador de *Las formas del fuego*⁵.

Regresando al poema «Mar latino» —que prometimos analizar páginas atrás como un caso específico del criterio revisionista que tenía el poeta en su anhelo de perfeccionismo— habrá que situarse en el escenario del poema y su desarrollo, línea por línea, para dilucidar su contenido.

Ese «Mar latino» es el mar Mediterráneo, *ese mare nostrum* que también baña las costas de Barcelona (nuestra ciudad natal) —ese mar continental que se conecta con el océano Atlántico a través del estrecho de Gibraltar. Es el espacio acuático donde Ramos Sucre recrea en fortuita ficción un episodio de *La Iliada*, en el cual se introduce la figura mítica de Helena de Troya, uno de los personajes centrales de la narración homérica. Helena de

Troya, esposa de Menelao, el rey de Esparta, fue raptada por el príncipe troyano París y llevada a Troya, causa de la discordia que origina la mítica guerra entre aqueos y troyanos.

Curiosamente, *Mare Nostrum* es el título de una memorable novela publicada en 1918 por Vicente Blasco Ibáñez, impulsor del naturalismo y el realismo español, junto con el gran novelista Benito Pérez Galdós, de vastísima obra costumbrista, uno de los mejores representantes de la novela del siglo XIX, narrador fundamental de la historia literaria española, considerado como el mayor novelista español después de Cervantes. Por los datos de existencia de estos dos escritores, Blasco Ibáñez (1867-1928) y Pérez Galdós (1843-1920), ambos fueron contemporáneos de Ramos Sucre, quien vivió hasta 1930.

La novela *Mare Nostrum* de Blasco Ibáñez⁶ tuvo gran repercusión internacional. Fue escrita durante la Primera Guerra Mundial y ambientada en ese acontecimiento bélico. Por su posición a favor de los aliados, el libro se convirtió en un *best seller*. La novela es la historia del Mediterráneo, del «Mar Nuestro», de los latinos, unida a la de la guerra submarina en dicho mar durante esa Primera Guerra Mundial.

¿Habría soñado nuevamente Ramos Sucre con «la beldad rubia», cuya voz presentía con ademanes elegantes, iniciando un diálogo «de motivo lisonjero»? Las obsesiones del poeta parecen mudar sus ecos y sus figuraciones entre varios textos dispares, entrelazados soterradamente (de ahí el símbolo del topo) por la persistencia tenaz y la agudeza sonora del lince de orejas puntiagudas, símbolos plausibles de la poética del ilustre y precoz cumanés.

En ciertos poemas, una frase se retoma en otro texto, un episodio reaparece transformado, fundiéndose en un novedoso giro descriptivo, o un tema antes elaborado se fusiona a otra imagen insólita. Ramos Sucre va conformando así un críptico

mosaico de piezas-códigos, animando la trama en un juego metafórico de espejos, resonancias y remembranzas. Reconstruye de esa manera lineal, con audaz sigilo y dominio expresivo, una escritura poética sobria y evocativa, con antiguas cadencias y vocerías de raigambre cultural, sugiriendo múltiples alusiones e interpretaciones, sin descuidar la unidad orgánica y coherente del poema en prosa, su estilo predilecto y más eficaz.

El poeta inventa y reconstruye ficciones y mitologías en una amalgama de exquisita orfebrería. Esa es una de las virtudes de su prosa que tanto ha atraído a lectores dispares. En sus textos siempre aflora la emoción del hallazgo estético y la expresión adecuada, aunque sus significados estén soterrados entre las rendijas del fuego y sus formas fulgurantes. Son las formas líricas que advirtió en su último libro, como claves destinadas a quien estuviera alerta para descubrir los destellos de su poética y sus símbolos herméticos.

En su «Mar latino» reaparece la mencionada diva helénica, causa de la discordia bélica entre aqueos y troyanos. Ella es también contemplada como el germen siniestro del amor transgresor o ilícito. Para algunos, ese ímpetu emotivo podría justificar cualquier contienda, debido al desbordamiento de las pasiones humanas. Es una hipótesis, entre otras, sobre el rol simbólico de la mujer en la figura que encarna en Helena, dentro del poema que ocupa estos comentarios.

Es distinta la situación en la actitud ética y en la conducta conyugal moralizante. Impera en esa relación formal el apego a la ley y al deber, preservando las tradiciones sociales. Es un proceder recto, en el sentido de la virtud taoísta o del *dharma* védico, encarnado en la batalla de Kuruksetra (muy distinta en su causa a la guerra de Troya), que tiene otro carácter épico de mayor trascendencia, tal como se deriva del *Mahabharata*, que describe la historia de la antigua India.

En ese escenario histórico, que ocurrió hace 5.000 años, el guerrero Pandava Arjuna es instruido de manera tajante en defensa de la virtud, tema sobre el cual gira el bienaventurado canto del *Bhagavad-gita*, libro de libros por excelencia, supremo diálogo entre Krishna y Arjuna, sin parangón con las narraciones homéricas.

Estoy glosando el pasaje de la Iliada en donde los ancianos de Troya confiesan la belleza de Helena. Me escucha una mujer floreciente del mismo nombre. Los dos sentimos la solemnidad de ese momento de la epopeya y esperamos el fragor del desastre suspendido sobre la ciudad.

Agamenón, el rey de las mil naves, puede apresurar, apellidándolas, el desenlace de la contienda.

La sucesión de los visos del mar, presentes en la memoria de Homero, desaparece bajo el único tinte de la sangre.

Se describe de entrada el episodio de la *Iliada*, cuyo tiempo va a refundirse en el presente continuo del texto, recreando y/o reinventando el escenario clásico en otro espacio subjetivo, desapareciendo, «bajo los visos del mar» (eje central del fluir poético), la serie de los oleajes, presentes en la memoria homérica, que se esfuman finalmente «bajo el único tinte de la sangre».

Esta última frase, cerrada y enigmática, se deslinda del glosado episodio clásico. Se han invertido o descompuesto cronologías en el cuerpo del poema. Entra luego la alusión a la figura de la mujer (Helena), trastocada también en otra voz y temporalidad, asumiendo un doble significado cuyo análisis quedará pendiente. Prosiguen las siguientes dos estancias o estrofas:

Veamos los tres primeros párrafos de ese poema «Mar latino» de Ramos Sucre, para situar en contexto nuestros próximos análisis y proyecciones:

La mujer me invita a dejar el recuento de las calamidades fabulosas y a seguir el derrotero de una fantasía más serena, en demanda de unas islas situadas en el occidente. Horacio las recordaba cuando quería descansar de los males contemporáneos.

La figura femenina, idealizada en la poesía romántica (la del romanticismo alemán del siglo XVIII y luego el francés), asume en la fabulación poética de Ramos Sucre otro ideal fortuito y despojado de osadía; insinuándose con ponderado recato, de manera tímida o encubierta. No es la blanca Beatriz de Dante, símbolo de la Teología que guía su viaje en la *Divina Comedia* bajo el amparo de Virgilio. Aquí es otra la evocación suscitada: *ella* lo invita —¡Oh, dulce tentación!— a compartir una «fantasía más serena», olvidando los pasados dolores y fabulaciones etéreas. La atracción de la beldad rubia se ha patentizado en un deseo carnal, en incitación a un romance secreto. He ahí otro polo de interpretación amorosa.

La venusta figura, como señaló el poeta en otra parte, se refiere a la troyana Helena, pero también a la propia prefiguración simbólica de Ramos Sucre en su enlazada subjetividad. Venusta es para la mayoría un raro o bizarro adjetivo. Pero está perfectamente acuñado en su significación, como lo hace el poeta en muchos casos, usando términos en apariencia anacrónicos, pero que nos deslumbran en sus textos con chispazos socráticos y hasta con algún que otro matiz surrealista.

Venusta significa «encantadora», que tiene gracia y hermosura. La palabra proviene del latín *venustus*, de Venus, en referencia a lo que la diosa simboliza como arquetipo de belleza clásica. Esa dama venusta de Ramos Sucre tiene ese atributo y acertado sentido y no otro, aunque parezca ser un adjetivo en desuso. Es proverbial la capacidad lingüística de Ramos Sucre y su experticia en acoplar felizmente, como ya advertimos, las

adjetivaciones a los sustantivos de manera rotunda y sorprendente. Así menciona él a esa *Diva* en su otro texto:

La dama venusta lee, entre sonrisas, las dos páginas de mi invención. Desea dar con un pensamiento disimulado, escurrido entre las líneas. Horacio las recordaba cuando quería descansar de los males contemporáneos.

He ahí los trazos de las analogías y ecos mencionados en torno a la hermosa Helena y la evocación del satírico Horacio, el más helénico de todos los romanos y el principal poeta lírico en lengua latina, cuya perfección expresiva era casi absoluta. Debió haber sido uno de los autores predilectos de Ramos Sucre en sus tempranas lecturas de los clásicos. Con esta remembranza, mezcla dos culturas y él mismo se introduce en el escenario del poema, al declarar que las dos páginas de su invención motivaron la sonrisa de la beldad helénica. El poema prosigue con este otro pasaje:

Yo emprendo la excursión irreal sirviéndome de los residuos lapidarios de una leyenda perdida. Nuestro bajel solicita, a vela y remo, los jardines quiméricos del ocaso. Nos hemos fiado a un piloto de la Eneida. Su nombre designa actualmente un promontorio del Tirreno.

Ahora declara resueltamente su presencia en el relato, comenzando un tránsito irreal, es decir imaginario, una travesía marina, a través de los célebres retazos de una extraviada fábula de origen quimérico —¿podría ser la tierra de los Atlantes esa leyenda imaginaria? No es explícita la filiación, más así se ha inferido—.

En ese viaje por mar, conducido el bajel por un piloto que dicese ser un personaje de Virgilio en *La Eneida*, cuyo nombre indica Ramos Sucre que es el de un promontorio del Tirreno.

Aquí se topa el lector con reiteradas alusiones crípticas que motivan la indagación. ¿Es ciertamente Palinuro el mencionado piloto de la epopeya de Virgilio, como ha sido descifrada su identidad? ¿Coincide ese nombre con un promontorio del Tirreno? Acudamos a la investigación topográfica marina.

Descifremos, en primer lugar, el ámbito marino insinuado en el relato, para situarnos en el escenario real: el Tirreno es una parte del Mediterráneo (nuestro *mare nostrum* latino), que se extiende en la Italia occidental, entre las islas de Córcega, Cerdeña y Sicilia, y las costas continentales de Toscana, Lacio, Campania y Calabria. Por las pesquisas geográficas, se descarta que el monte Argentario, en un sector de la Toscana, sea el promontorio mencionado, pues no coincide con el nombre del personaje-piloto de *La Eneida*.

El único vestigio geográfico que concuerda con esa descripción es el cabo Palinuro, promontorio rocoso del sur de Italia, a unos 64 km al sudeste de Salerno, en cuya región nortea se encuentra ese promontorio, el cual se interna unos 2 km en el mar Tirreno, al oeste de la desembocadura de un par de ríos de esa región costera, zona turística y patrimonio de la humanidad desde 1998. Enclavada entre parajes y golfos de gran belleza paisajística, hay una estación meteorológica y un parque nacional.

El poeta (el autor de «Mar latino») no emprende solo esa excursión irreal por el mar latino: lo acompaña la voz mágica de su consorte. Ella parece ahuyentar a las sirenas orgullosas de sus cabelleras, donde se anidan algas y corales. Esa mágica voz se transforma en un canto flébil, es decir, triste, lamentable o afligido. Ramos Sucre usa aquí otra palabra arcaica, pero de perfecta connotación poética, cuyo origen proviene del latín *fleble*, *flebilis*; afligido, triste y lacrimoso. Así se desprende de la estrofa final, donde todo parece desvanecerse en una situación algo fantasmagórica:

La voz mágica de mi compañera fuga las sirenas ufanas de sus cabellos, en donde se enredan las algas y los corales, y se muda en un canto flébil. Invita a comparecer, bajo el cielo de lumbre desvanecida, la hueste de larvas subterráneas, mensajeras de un mundo espectral.

Hemos llegado a la instancia que nos propusimos al escoger comentar este poema N.º 63 de *Las formas del fuego*. Como veremos, Ramos Sucre suprimió la última estrofa en la versión inicial que había escrito del texto. Lo sabemos gracias a la meritoria labor de investigación de Alba Rosa Hernández, cuyos trabajos son una referencia y aporte imprescindible en la lúcida evaluación literaria de la obra de Ramos Sucre.

En su amplio análisis⁷ de este poema, la autora revela algunos datos relevantes de sus esmeradas pesquisas sobre la ubicación hemerográfica de viejos textos publicados por J. A. R. S. En el transcurso de sus búsquedas, ella encontró unos 120 poemas que fueron publicados en el periódico *El Universal*. También descubrió otros 36 textos dispersos en revistas, muchas de ellas sin clasificar y apiladas en los sótanos de la Biblioteca Nacional de Caracas. Ese conjunto de textos, de añeja publicación, fueron luego incluidos en los tres libros de Ramos Sucre, con ciertas variantes, reconstrucciones, cambios o eliminaciones de las versiones originales que fueron encontradas.

Al comparar la primera versión del poema «Mar latino» con la forma definitiva incluida en *Las formas del fuego*, se pudo cotejar que eran diferentes, habiendo sido eliminado el último párrafo del texto que fue originalmente publicado en la revista *Venezuela* N.º 69, con fecha del 15 de noviembre de 1926, cuatro años antes de la muerte de Ramos Sucre.

También es interesante advertir que la investigación se propuso desentrañar la intencionalidad de Ramos Sucre al reconstruir

o reformar sus textos y, principalmente —como la propia investigadora así lo admite—, esclarecer «las alusiones literarias y culturales», reconstruidas en el poema, vinculándolo con una tradición clásica o autoinventada.

Esas reinventiones y reformulaciones han sido precisamente detectadas en Ramos Sucre, mediante recreaciones y/o glosas fabuladas, características repetitivas, entre otras, que se encarnan en su prosa poética. Suele insertarse en el contexto la subjetividad de su propia voz poética, asumiendo diferentes aspectos y simbologías, dislocando la temporalidad lineal y/o la textura del mito clásico, o bien recreando a su manera la lectura evocada.

Para situar el tema central o telón de fondo del poema tratado —y tal vez pueden discernirse otras intenciones en el tropo o figura retórica de su pensamiento—, cabe destacar lo que señala Alba Rosa Hernández Boisio acerca de la motivación central del poema: «“Mar latino” nombra el espacio ficticio que recorren la persona poética y la mujer que demanda o dirige el viaje». Esta observación ya había sido indicada explícitamente en los párrafos precedentes, al considerar en el poema la figura de la mujer idílica —fusión de Helena, la beldad clásica troyana, con Carmen Elena de Las Casas, la más hermosa caraqueña de 1920—.

Ramos Sucre parece transponer roles y cronologías —los del arquetipo de belleza venusina y las del tiempo del mito homérico declarado al principio, respectivamente. El poeta refunde ambos factores en su presente continuo, el espacio-tiempo del propio autor. Lo hace «dentro del poema», dando lugar a la interpretación de un palimpsesto o una amalgama poética de sentidos figurados, representaciones dramáticas y subterfugios oníricos, residuos o evocaciones de una alteración psicológica, filtrada de manera fragmentaria en el lenguaje desde el subconsciente, tal vez producto colateral causado por la ingesta de sustancias hipnóticas⁸.

Desafortunadamente, se han extraviado o destruido los manuscritos originales de Ramos Sucre con las tachaduras o eliminaciones de fragmentos que no fueron incluidas en sus libros. Al haberse también perdido o dispersado su biblioteca (entre propietarios desconocidos), se ha privado severamente la información sobre el destino incierto de sus libros. Por inescrutables azares, esa colección quedó bajo la irresponsable posesión de uno de los hermanos que le era adverso, quien falleció en 1974 víctima de un cáncer, en un cuartucho solitario, soltero y arruinado.

Ese hermano insensible fue Miguel. Ignorando el estimable valor de la biblioteca de José Antonio, muy probablemente vendió sus libros a oportunistas anónimos, habiendo hecho un listado de unos 1.300 títulos, reconociendo previamente la pérdida de varios volúmenes. De esta manera inopinada se extravió irreparablemente ese importante legado para el acervo histórico y las futuras investigaciones literarias sobre Ramos Sucre. De haber sido bien custodiada y preservada esa herencia cultural, se hubieran podido establecer algunos datos en torno a la influencia que tuvieron en la poesía de Ramos Sucre las obras que leía de sus autores predilectos.

Resulta por ello imposible conocer las anotaciones marginales que seguramente hizo el poeta en sus libros y papeles personales. Fue una pérdida dolorosa, al igual que la colección de documentos históricos de índole genealógico que él rescató, como se evidencia en algunas cartas a su querido hermano Lorenzo. El poeta de Cumaná se preocupó por recoger y clasificar esos legajos relacionados con su estirpe familiar, en cuyo linaje se encuentra la figura del General Antonio José de Sucre y Alcalá, de quien Rita Sucre, la madre de José Antonio, era sobrina-nieta. El Gran Mariscal de Ayacucho, prócer de la Independencia venezolana, fue un brillante estratega militar, político, estadista, diplomático y uno de los fundadores de Ecuador y Bolivia.

Sus restos mortales reposan desde hace más de 120 años en la Catedral Metropolitana de Quito, a la espera de su reposo en Venezuela, como fue su deseo expreso.

De todos sus hermanos, fue con Lorenzo con quien José Antonio mantuvo mayor afecto y comunicación. Su vínculo fraternal duró hasta los días finales del poeta en Ginebra. Gracias a esa hermandad, se ha podido tener acceso a las cartas que intercambiaron. Alguna de esa correspondencia ha sido cedida por la familia de Lorenzo Ramos, a través de sus hijas, ya muy mayores. De esa fuente se ha podido conocer la intimidad de ciertos hechos familiares desde la infancia del poeta. Al desconocerse mayores detalles biográficos, queda clausurado un capítulo crucial de su existencia, incluyendo el ignoto destino de su valiosa biblioteca personal.

Por la mediación providencial de la mencionada autora y su tenaz investigación hemerográfica, conocemos el párrafo final del poema «Mar latino» en la primera versión que escribió Ramos Sucre. Aparece en la publicación de 1926, de donde fue suprimido. La versión que aparece en *Las formas del fuego* no incluye, por lo tanto, ese fragmento que merece nuestra atención. He aquí el rescatado y misterioso párrafo final:

*Yo contemplo reclinado sobre la borda y poseído del temor,
un islote envuelto en la gasa amarilla del otoño. Las sirenas
salen al paso de nosotros. Las algas y los corales se han enre-
dado en sus cabellos. Saludan en mi compañera a una her-
mana inolvidable, desertada de su hueste.*

Nos parece magnífica esta última estrofa que fue descartada. Es difícil entender las razones de esa eliminación. Más aún, cuando, en nuestro criterio, refleja una evidente continuidad en la ilación o el flujo de lo relatado, augurando un buen desenlace del poema.

A través de la figura principal del texto, a bordo de la nave, el autor declara contemplar atemorizado la forma de un promontorio fantasmal, «envuelto en la gasa amarilla del otoño», atisbando el reconocimiento de las sirenas, con algas y corales anidados en sus cabelleras, una bella imagen que fue descartada.

La imagen es tan hermosa como enigmática y precede al remate final; colofón donde la protagonista —la mujer, oficiando como símbolo polimorfo y compañera de la travesía onírica— es saludada por las sirenas, *viendo en ella* a una entrañable hermana desertora de esas mitológicas criaturas marinas. He puesto en cursivas *viendo en ella*, porque el antojo de Ramos Sucre infiere mayor misterio tanto al núcleo como al desenlace del relato, entre la vigilia y el sueño. Queda abierta la reflexión a nuevas hipótesis.

Fue el mítico canto mágico de las sirenas aladas el que atrajo la nave de Ulises y embelesó al héroe griego y su tripulación. Si las sirenas desde su isla no atraían a los marineros con la dulzura hipnótica de sus cantos, entonces, ellas debían morir. Pero Ulises no sucumbió al influjo, pues siguiendo el consejo de la hechicera Circe, hija de Helios, les dijo a sus hombres que se taparan con cera los oídos (y por eso se salvaron de la muerte), y que a él lo ataran al mástil, advirtiéndoles que no lo liberaran por más que lo pidiera y fuera embelesado por la música embrujada de esas criaturas híbridas, «pájaros de la muerte» con cuerpo de ave y rostro de mujer, teniendo el malvado oficio de un destino fatal, la ejecución de quienes navegaban por sus dominios.

El desenlace de la leyenda —descrito con mayor detalle por Homero en el episodio de Odiseo— es bien conocido. Las sirenas, que debían morir ante el fracaso, solo eligieron para ello a una compañera, Parténope, quien se arrojó al mar, siendo arrasado por las olas su cuerpo exánime hasta una costa donde fue

enterrada con gran pompa, erigiéndose en su honor un *piccolo* templo, en torno al cual se fundó un pueblo con su nombre, que siglos después se convirtió en la ciudad de Nápoles.

Regresando al análisis del poema «Mar latino», tras la narración expuesta, ¿a quién parece estar refiriéndose Ramos Sucre en esa mítica y hermosa figura femenina del poema, rapsoda que atrae a las propias sirenas? ¿A la troyana Helena o a Carmen Elena de Las Casas, el amor imposible del poeta José Antonio, tal vez afligido por el rechazo?

¿Qué indujo a Ramos Sucre a castrar del texto inicial tan bella estrofa? Será difícil adivinar las razones de esa supresión desterrada del poema final, más aún cuando creo que ese último párrafo se ajusta acertadamente al desarrollo de la trama evocada, contribuyendo con su enigma a un perfecto remate del poema. Como quiera que sean las suposiciones, quedan flotando en el lector sospechas inquietantes.

Por sí mismo, el fragmento castrado es una acertada pieza de enlace, pues anuncia y describe el epílogo de la aventura marítima, al saludar las sirenas a la compañera de ruta del propio poeta, viendo en ella a una «inolvidable desertora de sus huestes». Como puede haber ocurrido en otras supresiones, será imposible saber las razones por las cuales Ramos Sucre deseó valiosos fragmentos de lo que consideró debían ser las versiones definitivas de sus poemas.

Por sus especiales y señaladas connotaciones, este poema «Mar latino» suscita una motivación especial, ya aquí desgranada; y por eso su elección en estas páginas.

Interesa destacar finalmente el rol principal de la mujer aludida: como símbolo idílico y como compañera de ruta dentro del poema. La indagación en torno a *ella* quizá puede permitirnos descubrir algo más vivencial, distinto al examen crítico del texto; es decir, *el interés real* que tuvo o tenía la mujer para el

poeta en vida, para el José Antonio Ramos Sucre real, más allá del ámbito puramente literario.

En este sentido, en concatenación con lo expresado, valdría el intento de ofrecer un perfil *ad hoc* (apropiado) —más allá de la trillada anécdota y alguna que otra imagen desgastada— de quién fue realmente Carmen Elena de Las Casas, la reconocida beldad caraqueña de los años 20, de cuya hermosura estuvo prendado no solo el joven Ramos Sucre, quien le dedicó su libro *Las formas del fuego*, sino otros artistas de su generación, en aquel escenario caraqueño de principios del siglo XX.

* * *

CARMEN ELENA DE LAS CASAS:

MITO Y REALIDAD DE LA BELLA MUSA CARAQUEÑA

Comparaciones con el período creador de Ramos Sucre

¿Quién fue realmente Carmen Elena de Las Casas? ¿Cuáles fueron los atributos de su figura carismática y vanguardista en su época? No se debe privar de esos detalles al lector de estas páginas, estando vinculadas no solo a la obra del poeta, sino al conocimiento de ciertos hechos biográficos, tal como aparece en el titular de este trabajo, que también pretende develar algunos aspectos y parámetros relevantes, con el propósito de explorar con mayor detalle la ruta poética y existencial transitada por José Antonio Ramos Sucre durante sus cuarenta años de vida.

Siempre se ha mencionado de manera tangencial a esa interesante mujer que fue Carmen Elena de Las Casas en relación con Ramos Sucre. Sin embargo, poco se han descrito sus cualidades, su formación, sus viajes, relaciones y actividades en las cuales se ocupó. Fue ella una extraordinaria figura femenina, musa inspiradora para algunos ensoñadores, de quienes fue indudable atracción en el escenario caraqueño de su tiempo.

El registro visual de su apariencia física se tiene a través de una delicada y vaporosa pose de perfil de su fina estampa, en una exquisita ambientación clásica. Luce en esa imagen un bello vestido y un peinado que recuerda a las diosas griegas. Me refiero a una única fotografía de Carmen Elena de Las Casas, retratada por Marceliano Ramírez (1881-1938), fotógrafo caraqueño de grandes recursos técnicos y estéticos, especializado en retratar a niños, damas y paisajes. Se distinguían sus fotografías por su nitidez y contrastes lumínicos, en espacios de gran plasticidad, donde posaban sus personajes de alcurnia, en una equilibrada ambientación artística.

Sus imágenes se publicaron en *El Cojo Ilustrado* y las principales revistas venezolanas de la época, siendo influenciada su sensibilidad visual por el fotógrafo Pedro Manrique Arvelo.

Fue Ramírez quien sacó, en 1918, la mencionada foto de Carmen Elena de Las Casas. Ella aparece allí con el grácil brazo izquierdo extendido, como si estuviera saludando a un infinito desconocido, hacia donde apunta su erguida cabeza. Su otro brazo, reposa con un sutil gesto de la mano, al margen de la perfilada y sinuosa cadera, con delicada gracia y voluptuosidad.

Esa es su imagen visual más conocida; foto que pertenece a la colección de la también guapa y célebre escritora María Fernanda Palacios (1945), sobrina de Carmen Elena de Las Casas y profesora de literatura de la Universidad Central de Venezuela, a la que frecuentamos en los pasillos de la Escuela de Letras en la década de los 60.

No es casual entonces que María Fernanda Palacios tuviera en custodia esa fotografía de su tía. Siendo hija de la pintora Luisa Palacios y hermana de la mezzosoprano y directora orquestal Isabel Palacios, creció bajo una marcada influencia artística de la casa materna El Taller, como fue llamado el proyecto artístico donde participó la élite artística de Venezuela, incluyendo a personajes como el poeta chileno Pablo Neruda⁹.

También se llamaba El Taller la casa de Gustavo Nevett, hombre de gran cultura, con quien se casaría en 1948 Carmen Elena de Las Casas, teniendo ya casi 50 años, sin haber dejado de ser una bella mujer. Esa casa, situada en Los Rosales, fue el plácido retiro y el escenario de la actividad creadora de Carmen Elena, en cuyos espléndidos jardines, rodeados de plantas exóticas, le gustaba a ella retozar, leyendo a Paul Valéry y la picaresca del siglo XVI.

Carmen Elena de Las Casas y Negretti fue hija de Jesús María de Las Casas y Palacios, y de Tomasa Teotiste de los Dolores Negretti Barceló. Tuvo una hermana y cuatro hermanos. Nació en 1900, con el comienzo del siglo. Su padre Jesús María (don Chucho) fue pintor paisajista y comerciante de víveres. Era hijo del general Manuel Vicente de Las Casas, brillante militar que enfrentó a los federalistas insurgentes, a quien el historiador José Gil Fortoul (1861-1943) dedica elogiosas palabras. A su vez, el abuelo paterno de Carmen Elena era hijo del general y patriota independentista Manuel Vicente de Las Casas, del mismo nombre que su abuelo, siendo, por lo tanto, Carmen Elena su bisnieta.

Por influencia paterna, Carmen Elena de Las Casas vivió siempre apasionada por la pintura y las artes, estando dotada no solo de una belleza deslumbrante, sino también de una innata sensibilidad y cualidades artísticas. Desde muy joven fue amiga de los poetas de la generación de 1918 y de los pintores del Círculo de Bellas Artes de Caracas. No fueron pocos los protagonistas de ese entorno que se enamoraron de ella, incluyendo a José Antonio Ramos Sucre y el pintor Antonio Edmundo Monsanto, quien, por su destacado saber y mérito plástico, era equivalente a la figura del precursor Ramos Sucre en materia poética. Sin embargo, ambos pretendientes fueron rechazados por Carmen Elena.

Siendo entonces visto Ramos Sucre como un solitario atormentado que rendía culto a la belleza de Carmen Elena, a la cual esperaba conmovido cada vez que ella regresaba de sus viajes, es posible que tales rechazos influyeran en su ánimo, porque Carmen Elena nunca le hizo caso. ¿Fue tal vez por eso que Ramos Sucre llegó a escribir, entre los aforismos de su «Granizada», que «Enamorarse es una falta de amor propio»?

Esas sentencias y pensamientos codificados se publicaron por primera vez (como ya se apuntó) en la revista *Élite*, entre 1926 y 1929. Algunos de esos aforismos lacónicos, que formuló con cierto tono ácido y punzante, fueron criticados por sus contemporáneos, que también le acusaron de misógino, epíteto que contradijo al final de su vida, como queda patente en una carta a José Nucete Sardi, fechada el 7 de enero de 1930, donde dice:

Dale gracias a Pedro Sotillo... y adviértele que se equivoca al calificarme de misógino. Yo soy para cada mujer un hermano y ninguna puede acusarme de negligente en su servicio, mucho menos de cruel. Los aforismos son disparos al aire. (*Obra Completa*, Biblioteca Ayacucho, p. 461).

La bella caraqueña viajaba frecuentemente a París y regresaba a Venezuela cada vez más hermosa, más encantadora e inaccesible. Su actividad en la capital francesa se concentró en la pintura, estudió con el destacado André Lothe (1885-1962), pintor y crítico relacionado con el postimpresionismo de Cezanne y el cubismo, que intentó adaptar al clasicismo, aun cuando sus obras tienen el más puro rigor académico. Abrió por ello una academia en 1922, donde se dedicó a enseñar sus conceptos estéticos. Fue en ese lugar donde seguramente Carmen Elena de Las Casas recibió las enseñanzas plásticas del influyente pedagogo francés en la materia.

Sébase que, durante la formación plástica de Carmen Elena en París, la vida de Ramos Sucre en Caracas tenía otros derroteros. En 1921, a la edad de 31 años (10 más que su imposible amada), aparece su primer libro, *Trizas de papel*, siendo vista su poesía como «prevanguardista».

Desde que llegó a Caracas en 1910, Ramos Sucre empezó a publicar sus escritos. Su ensayo «Ideas dispersas sobre Fausto», data de 1912. Posteriormente, publicó en varios periódicos y revistas artículos sobre diversos temas: poesía, democracia, feminismo, y sobre jurisprudencia (contrato de venta, herencia, desigualdad), etcétera.

En 1916 da a conocer su traducción del alemán de los poemas de L. Uhland. En 1923 aparece *Sobre las huellas de Humboldt*. En 1926 publicó *La torre de timón*; y en 1929 sus dos últimos libros. Cotejando las cronologías de su producción, vemos que la actividad literaria de Ramos Sucre en su escalada creadora, ocurre mayormente en sus edades de 21, 22, 31, 33, 36 y 39 años.

Entre ese periplo creador del poeta cumanés, Carmen Elena de Las Casas alterna sus ocupaciones en París, a partir de la década de 1920, se dedica no solo a la pintura, sino que se interesa en la decoración, oficio que va a ejercer posteriormente con especial talento. Trabaja en París con la famosa casa Lahalle & Lerard, de cuya firma se haría luego socia para formar la llamada empresa de las tres L —Lahalle, Lerard y Las Casas—.

Bajo esa firma, en representación de la ciudad de París, Carmen Elena participa a los 29 años en la renombrada Exposición Internacional de Barcelona de 1929, que se celebró durante un año en la montaña de Montjuic (a 177 metros sobre el nivel del mar Mediterráneo), que alberga un barrio homónimo en ese distrito, el cual conocemos desde nuestra infancia en la ciudad condal catalana. Los diseños de la bella caraqueña en ese gran evento merecieron los elogios de la crítica especializada.

Ella fue amante de la cultura francesa, su tradición artística, su gastronomía, sus afamados finos y la diversidad de sus paisajes. Hablaba en fluido francés y probablemente podía en inglés. Conducía un pequeño vehículo Citroén, con el cual recorrió los senderos de Francia y sus campiñas, viajando a veces más allá de las fronteras galas, yendo incluso a la Venecia, maravillada por sus canales y sus góndolas. Con ese automóvil se atrevió a viajar hasta Atenas, admirando los templos de mármol y las esculturas griegas.

Tenía así Carmen Elena gran sensibilidad cultural y gusto por la buena vida afrancesada. En el período de la Segunda Guerra Mundial, se encontraba en Venezuela, sin creer en la claudicación de Francia, víctima del nazismo alemán. Como es sabido, las tropas aliadas entraron en París en mayo de 1944, liberando a la capital francesa con apoyo de la resistencia, obligando a la rendición de los nazis.

Además de ser una viajera infatigable, también era una gran lectora. Tenía aguda inteligencia y avidez por todas las manifestaciones del espíritu humano, interesándose no solo por la pintura y la decoración que dominaba, sino por conocer las viejas culturas y las religiones antiguas, curiosidad que había dominado la vida de Ramos Sucre. Esto puede ser contemplado como un interesante paralelismo cultural comparativo entre ambos personajes. Mas por la indiferencia de Carmen Elena, no pudo consumarse entre ellos un vínculo más allá de la admiración unilateral que tenía por ella el poeta. Fascinado como muchos otros por su belleza deslumbrante, ella se convirtió en la figura soterrada de su musa poética y su pasión secreta. Ese idealismo sentimental motivó sin duda la inspiración de algunos de los poemas de Ramos Sucre, trasponiendo roles míticos y deseos reprimidos o encubiertos mediante clásicas alusiones simbólicas, como se evidencia en el poema analizado.

¿Quién no podría haberse enamorado de esa fascinante criatura, cuya atractiva silueta incitaba a la pasión y el cortejo? Ella siempre pintaba con el mismo recato que su padre, quien los fines de semana salía a pintar los paisajes caraqueños y costeros de La Guaira. Por genuina modestia, virtud heredada por su hija Carmen Elena (que tampoco expuso públicamente sus obras), don Chucho no mostró sus cuadros y acuarelas, aunque los críticos descubrieron posteriormente sus dotes de buen pintor. Le adjudicaron el haber vislumbrado la transformación del impresionismo, junto con el connotado Emilio Boggio Dupuy (1857-1920), el gran paisajista franco-venezolano de origen italiano, admirador de Monet y Pizarro, con quienes mantuvo amistad, siendo influenciado por su estilo neoimpresionista.

Al heredar el talento artístico paterno, también fue Carmen Elena musa del diseño de estilo *art déco*, siendo considerada como maestra y pionera del diseño interior moderno venezolano, cuyo aporte fue celebrado en el Día Internacional del Diseño Interior. Este dato poco conocido ha interesado mucho más a ese gremio de creadores que la repetición anecdótica de Carmen Elena de Las Casas como «la mujer más bella de Caracas», hecho indiscutible, como se evidencia en la conservada fotografía de 1918 mencionada al principio de esta sección, en la que ella posó como musa.

En 1939, a la edad de 39 años, regresó a Caracas y trabajó con el arquitecto Gustavo Wallis Legórburu, quien concebía las edificaciones y Carmen Elena se encargaba del diseño de interiores, como representante de la firma de las tres L. Entre los proyectos que desarrollaron figuran los bellos pisos de mosaicos, lámparas y mobiliario del Teatro Principal (1931), y de la Casa de la Gobernación (1935), que fueron diseñados por ella y elaborados en Francia por la casa Lahalle, Lerard y Las Casas. Los

vitrales de la Catedral de Caracas y el diseño interior también fueron realizados por ella a finales de 1950, todos de evidente estilo *art déco*. De esas obras existe documentación gráfico-visual. Ella también trabajó diseñando la revista *Billiken*.

Es pertinente referir que cuando Carmen Elena de Las Casas regresó a Venezuela ese año, abrió con el arquitecto Wallis la primera tienda de arte y diseño, la cual llamó MAD (Muebles, Arte y Decoración). En un artículo de ese entonces, el escritor Mariano Picón-Salas expresó lo siguiente:

A través de MAD llegaron a Caracas los primeros objetos y estampas propiamente modernos: las telas de *jacquard*, los cristales de Lalique, alfombras, lacas, grabados, parabanes y diseños impregnados del encanto de una época ya no tan «bella» quizá, pero sí llena de vitalidad y elegancia.

Esta cita fue transcrita por María Fernanda Palacios en su libro *El movimiento del grabado en Venezuela. Una memoria*. Ella también afirma que en los años cuarenta, su tía dejó la decoración, probablemente al casarse en 1948.

Finalmente, la musa de muchos y el amor idílico del poeta cumánés contrajo nupcias casi a los 50 años de edad, cuando aún conservaba su impactante belleza. Se casó con Gustavo Nevett Oropeza, caballero de distinguida cultura y donaire. Dicen las crónicas que formaron una pareja excepcional, desde su unión hasta que los separó la muerte.

Ha llegado el momento de revelar un aspecto poco conocido de la intimidad de Carmen Elena de Las Casas, quien nunca aceptó los requerimientos amorosos de sus pretendientes ilustres. ¿A qué se debió tal negativa?

La razón de esos rechazos encarna una pasión oculta: ella estaba enamorada de un solo hombre, su tío, que era casado y

con quien se dice que se uniría años más tarde. Aunque no hay actualmente disponible ningún registro documentado sobre la unión de ese amor clandestino, parece que ocurrió cuando murió su tía, quien siempre supo de sus amoríos. Celosa de las costumbres moralistas de la época, llegó a decirles: «Ustedes no me van a humillar con un divorcio ante Caracas». Sin embargo, cuando ella estaba agonizando, le pidió a Carmen Elena que cuidara de los suyos (el marido y sus hijos). La revelación de esa relación transgresora ha sido extraída de una referencia comprobable: la ruta #CaracasSecreta¹⁰.

Cabe averiguar con certeza si ese vínculo «ilícito» fue realmente consumado. Incluso en las indiscriminadas redes sociales tan en boga no se han hallado testimonios rotundos que confirmen esa aparente transgresión social antes de que muriera la tía de Carmen Elena de Las Casas. Lo cierto es que ella sí se casó ya mayor con Gustavo Enrique Nevett Oropeza, quien la llamaba «La gata». Como he podido constatar al indagar en sus raíces genealógicas, el cónyuge estuvo casado con Josefina Casanova e Ibarra, antes de unirse legalmente con Carmen Elena de Las Casas cuando él tenía 60 años, diez más que la bella caraqueña, quien fue su segunda esposa.

Es ciertamente comprobable que la morada del matrimonio se llamaba El Taller y quedaba en la zona esquinera de Los Rosales. En esa casa vivió Carmen Elena, embelesada con la placidez de su profundo y admirable jardín, donde surgían «cuatro inmensos chaguaramos como obeliscos vegetales». Ella pintaba siempre ese bello entorno florido desde el resguardo de su ventanal y estaba complacida de vivir «rodeada de palmas reales, de caujaros y casuarinas, de aguas con pececillos rosados, de plantas mágicas que daban sombra amable y flores talladas, angelitos de mármol y dioses chinos de metal». Por las tardes, solía leer a Valéry, entre otras inquietudes literarias.

Los amigos que frecuentaron esa pareja de abolengo dicen que siempre fueron muy felices. Carmen Elena de Las Casas falleció en septiembre de 1976 (46 años después del suicidio del Ramos Sucre), «rodeada de árboles y recuerdos».

Así se cerró el capítulo vital de la belleza que atrajo la exaltación febril de José Antonio Ramos Sucre y de otros artistas contemporáneos. También ejerció ese influjo Teresa de la Parra, quien fue muy amiga de la bella Carmen Elena y se inspiró en ella para crear su personaje María Eugenia Alonso, la protagonista de su novela *Ifigenia*, escrita y publicada en 1924 en París, donde la autora vivió mucho tiempo, al igual que Carmen Elena de Las Casas. El libro mereció un premio y fue pronto traducido al francés.

La *Ifigenia* de esa novela venezolana adapta el nombre mítico de la fémmina griega sacrificada en un distinto drama psicosocial: es el diario de una señorita que escribió porque estaba fastidiada. Pero tras esa ingenua apariencia individual, se esconde un tema más profundo, que retrata e impugna las rígidas costumbres morales de la sociedad caraqueña al comienzo del siglo XX.

Ese aburrido y encorsetado escenario de intrigas y represiones queda expuesto y reflejado en los personajes arquetípicos de la narración. La autora plantea por primera vez, con audacia y realismo, el drama de una mujer sin voz propia (esa voz y recinto anhelado por Virginia Wolf), cuya única opción social en la costumbrista sociedad convencional de la época, era consumir un matrimonio legal y acartonado, sin otras opciones dignas de realización personal.

No en vano había elegido la autora a Carmen Elena de Las Casas como figura modélica para la protagonista de su narración vanguardista. La fina escritora venezolana, que también publicó *Memorias de Mamá Blanca*, basada en su propia vida, escrita y publicada en París en 1929 (año en que Ramos Sucre

publica sus dos últimos poemarios, como si fuera una despedida), aboga Teresa de la Parra en *Ifigenia* por el rol que le corresponde ejercer sin restricciones a la mujer moderna, un ser que, en su afán de libertad y autodeterminación, es mal vista por la decadente sociedad criolla como una descarriada y tildada de libertina, una mujer rebelde y disipada, influenciada por la liberalidad parisina, cuando en verdad, tanto en la novela como en la vida real, ambas —Carmen Elena y Teresa—, representaron protagonismos emblemáticos para un necesario cambio de paradigmas, tanto en el arte como en la propia condición femenina. Ellas y otras mujeres representaron el derecho por liberarse de la hipocresía social, oponiéndose al opresivo yugo de una falsa tradición moral.

Ambas figuras vanguardistas en sus reivindicaciones sociopolíticas fueron en contra, cada una a su manera, de una realidad venezolana decadente y anclada en los costumbrismos criollos y las normas obsoletas de esa época adversa a la renovación del pensamiento y las revoluciones emancipadoras del espíritu, pugnando por un nuevo humanismo, donde la mujer pudiera desempeñar su función creadora y el digno rol que le corresponde por derecho humano fundamental.

Tanto Teresa de la Parra como Carmen Elena de Las Casas se deslindaron de los convencionalismos avasallantes, marcando un nuevo horizonte en la realidad femenina venezolana de esas décadas. Como otras mujeres, su actitud pionera y desafiante contribuyó a vislumbrar una nueva perspectiva renovadora en todos los órdenes de la vida moderna.

Separándose de los cánones decadentes, tanto en el arte como en las corrientes y los hábitos sociales, ambas amigas marcaron distancia pionera de las normas establecidas, de las cuales también se deslindó Ramos Sucre en el terreno poético, al crear su vasto universo estético y humanístico, con sus luces y sombras,

aciertos y derrotas, insomnios y desencantos amorosos, en un auténtico afán de forjar una obra sólida y de valor universal, adelantándose a su tiempo.

EPÍLOGO

Cabrían sin duda otras reflexiones o enfoques sobre la compleja obra de Ramos Sucre. Fue tallada por él como un diamante de fina orfebrería, convencido de su trascendencia. Podrían también aventurarse distintas perspectivas de su distinguido perfil como humanista, jurista, traductor y pedagogo, explorando con objetividad las facetas sombrías o luminosas de su breve vida, esa «impertinente amada» que afligía el noble espíritu del poeta insomne.

Su ruta estuvo sembrada por destellos y agravios, sendero doliente que escaló a pulso firme, trascendiendo los signos molestos de una realidad que le era hostil a su fantástico asilo, refugio poético donde fijó sus signos y evocaciones visionarias, ahuyentando los infatigables recuerdos y desvelos, que le aullaban como lobos nocturnos en un desierto de nieve.

Sus poemas «Preludio» y «Residuo», polos de un tránsito doliente, se fusionarían en la hora convocada de la muerte, esa blanca y mediadora Beatriz (distinta a la simbólica figura del Dante), así nombrada, de pie y descalza sobre el filo creciente de una Luna embrujada, anhelando con su visita abolir la mar de sus dolores.

Quiso Ramos Sucre reposar eternamente bajo ese hechizo luctuoso, con la esperanza de no lamentarse jamás por el oprobio a la ofendida belleza, ni sufrir por amores imposibles. Al decidir voluntariamente esa visita trágica en Ginebra, tal vez pudo el poeta reposar al fin solemnemente, sin futuros desvelos, en el eterno silencio coronado por alguna imagen esmaltada de gloria.

No podemos indagar con certeza en ese destino ulterior del poeta, oculto tras el telón donde el cuerpo material ya no padece desventuras mundanas. Nos queda su obra incólume y radiante, que seguirá alumbrando, con sus insólitos hallazgos y su fuego secreto, el horizonte de los horribles trabajadores del porvenir, como apuntó ese otro grande y rebelde *enfant terrible*, figura precoz, transgresora y fugaz de la poesía francesa, tras escapar con audacia de su larga temporada en el infierno hacia vastísimas iluminaciones...

* * *

Quedan en suspenso otros aspectos que nos hubiera gustado examinar sobre la poética ramosucreana. Pero el tiempo es breve y la virtud de resumir apremia siempre, como una espada filosa tras la espalda.

En este ensayo hemos intentado ofrecer un ajustado y substancial mosaico valorativo sobre la poesía y la vida de José Antonio Ramos Sucre, como homenaje a la ruta convocada del poeta insomne.

El espacio y las circunstancias nos exigieron un primer esfuerzo de brevedad, el cual fue retomado, ampliado y reformado, añadiendo facetas inéditas en esta publicación. Nos animó en tal ensamblaje enriquecer el contexto de una panorámica esencial, insertando referencias y claves para los lectores, tanto para aquellos versados en la obra de Ramos Sucre, como para los que todavía la desconocen.

En pie quedan vigentes la sugerencia y la apertura para abordar nuevos puntos de vista y exploraciones críticas complementarias. La reflexión en torno a Ramos Sucre, como en la obra de todo poeta mayor, siempre está abierta. Así parece reclamarlo su poética, el mérito y el vigor de una obra tan espléndida como inagotable.

Comenzamos estas páginas desplegando un conjunto de datos bibliográficos por expresa razón: establecer un punto de partida que sirviera como marco referencial para el estudio de su ruta poética y la figura de su autor.

En aquel Patio de los Leones, en el año 2019, no seguí el boceto trazado para mi ponencia en el evento al cual, como dijimos al inicio de este libro, asistió un grupo de niños y niñas de la Escuela 19 de Abril. Uno de ellos se presentó vestido como Ramos Sucre, a la usanza de la época, para sorprendernos con su historia y recitarnos de viva y clara voz unos poemas. Ese feliz encuentro podría desarrollarse en otro evento similar —en alguna Feria del Libro en cualquier país—. Se celebraría así una inédita convocatoria en torno a la obra y la figura del gran poeta venezolano.

Hasta donde el tiempo lo permita, el análisis crítico y desprejuiciado sobre la obra y la vida de José Antonio Ramos Sucre puede ser expuesto bajo los lineamientos trazados, compartiendo y escuchando las intervenciones y opiniones de quienes asistan. Los escolares de la secundaria deben participar en tales audiencias, así como los estudiantes universitarios de las escuelas de Letras y el público en general. A todos va dirigida la siembra de la luminosa semilla y los valores fundamentales de la poesía, especialmente del mensaje de Ramos Sucre, cuya labor literaria nos ha ocupado en este estudio, extendiendo sus fases en una orquestada y ardua trilogía.

A esos niños y niñas, labradores de futuros valores humanos, va dirigido el mensaje en plena ruta. En esa feliz ocasión, nos regalaron, con sus tiernas voces y su amorosa presencia, espléndidos momentos. Ellos exhibieron en coloridos paneles sus dibujos del poeta cumánés y recitaron algunos de sus poemas, seleccionados por los docentes del plantel escolar.

En aquel primer acto de la Filven 2019, el 15 de noviembre, se conoció públicamente el proyecto La ruta poética de Ramos Sucre. Los cuatro leones de piedra en derredor de la fuente circular del histórico escenario del Concejo Municipal de Caracas parecían ser custodios silenciosos de nuestras voces, lanzadas a la rosa de los vientos, en aquella espléndida mañana bajo el radiante Sol tropical.

De manera espontánea y pedagógica, también participamos en el acto celebrado el 22 de noviembre en la sede de la Escuela 19 de Abril, donde 107 años antes, el propio Ramos Sucre pronunció su célebre discurso «Plática profana».

Acudimos con expectación y regocijo a esos dos eventos culturales, confirmando la vigencia del sendero iniciado, en rescate de la memoria y el aprecio por la obra del gran poeta cumánés. Fue grata remembranza de su memorable recorrido diurno y nocturno por las calles capitalinas, al igual que la admiración por la palabra poética que enaltecía en sus libros.

Un tercer evento se celebró posteriormente en el Palacio de las Academias de Caracas, con asistencia de los mismos niños y algunos viejos amigos. Diversas fotografías y referencias audiovisuales dieron constancia de esos eventos, concertados en homenaje a Ramos Sucre, difundiendo su obra literaria ante la nutrida asistencia de invitados y público interesado.

LA RUTA MEMORABLE DE RAMOS SUCRE EN EL SIGLO XXI

¿Qué cabe esperar acerca de lo que el destino le tiene reservado a la obra de Ramos Sucre, en marcha triunfal hacia el impredecible lugar que le corresponde en el porvenir? Aspiramos a que no sea solamente la consagración de sus valores estéticos, sino el mérito de haber sido un gran estudioso y humanista venezolano.

La iniciativa de la ruta así trazada —la ruta del insomne, como se ha dado en llamarla aquí— se ha propuesto como un

acercamiento a las futuras generaciones, a todo el mundo y a los maestros fuera de las aulas. Y también concierne a los futuros escritores.

Este meritorio proyecto de triple significación —poética, geográfica y crítica—, enaltecerá el patrimonio cultural del país. El propósito se centra en estimular el estudio literario y la dignidad espiritual del ser y del *saber ser*, en rescate de los valores artísticos, éticos y humanísticos. Eso se logra mediante el aporte de un genuino contenido creador y universalista. Tal fue el anhelo vital de José Antonio Ramos Sucre en su labor poética, docente y diplomática, aunque le faltó vida para verlo cumplido.

Al margen de efemérides irrelevantes y de apreciaciones circunstanciales motivadas por intereses ajenos al propósito de la creación poética —vislumbrada por Ramos Sucre para una formación educativa desprejuiciada—, surgirán las revisiones, los honores y las valoraciones que corresponden a la magnitud que su obra merece y reclama.

La ruta emprendida en relación con Ramos Sucre es un trayecto en pro —permítaseme el prefijo de origen latino en favor de esta evocación— de la sensibilidad del alma humana. He ahí su rumbo y razón de ser, en sintonía con las aspiraciones trascendentales del oficio de escritor.

Como arte mayor, la poesía aspira, desde los cánones de Aristóteles, a la espiritualización de la existencia humana. El ritmo incesante de este sendero prefijado desde tiempo inmemorial, a la vez literario y didáctico, debe cosechar sus justos frutos. La trascendencia y la excelencia de la obra del poeta cumánés así históricamente lo demandan.

Como símbolos reconocibles de su carácter literario, las figuras emblemáticas del topo y el lince —mencionadas en el poema «El herbolario»— representan las claves de la poética de Ramos Sucre. Tales emblemas alegóricos se reconcilian en su

vida interior y encarnan en la agudeza de la visión y la suntuosidad del lenguaje ramosucreano.

A semejanza del sonido original y del mítico canto de Orfeo aplacando a las fieras, el distintivo de toda gran poesía es contribuir a la transformación interior mediante la belleza, transmutando el plomo en oro, la malicia en bondad, los conflictos en armonía, y la discordia en la paz del espíritu creador.

Esa fusión de los contrarios promulgada por la alquimia verbal de la poesía arcana es signo de la transformación trascendental que produce en nuestros corazones la belleza de la poesía. La creación poética es un acto de amor a través de la dichosa palabra, la más espléndida y generosa forma de compartir soledades. Así pareció apuntarlo el culto talante de don Luis de Góngora en alguno de sus sonetos de complejo barroquismo, durante el Siglo de Oro español.

No se pretende encerrar la memoria virtuosa de Ramos Sucre en una frágil urna de cristal, sino proyectar su resonancia poética en el aire renovado. El poeta fue acérrimo labrador del lenguaje lúcido y preciosista —*il miglior fabbro* venezolano. Tiene aquí esta calificación el sentido dado por T. S. Eliott al maestro Ezra Pound en su dedicatoria de *La tierra baldía*, aludiendo a la mención de Dante al trovador provenzal Arnaut Daniel en la *Divina Comedia* (Purgatorio XXV) —*«fu miglior fabbro del parlar materno. Versi d'amore e prose di romanzi...»*—, reconociéndose también a Ramos Sucre como artesano de la palabra, de la frase hábilmente pulida y rigurosa, arrancándole secretos al eco impalpable de las voces colgadas del silencio.

La obra de José Antonio Ramos Sucre se ha enrumcado en un tránsito sin retorno. Queda trazado el único sendero que conduce a la cumbre inmortal.

En el seno de la vida cotidiana es donde debe vislumbrarse su mensaje para ser algo más que simples *animales de costumbre*, con rasgos comunes de cazadores solitarios del corazón.

El topo y el lince, como símbolos de su actitud y representación estética, habitan en el bosque nocturno del poeta, alumbrado por los chispazos de las formas del fuego y los cielos de esmalte, espantando los feroces aullidos de la jauría salvaje. Desde su infancia hasta los últimos días fuera del país, la vida de Ramos Sucre estuvo signada por el destino trágico y el genio tenaz.

La clásica parca Átropos cortó el hilo de la presencia mundana del hombre oriundo de la Cumaná-Jerusalén. Falleció el poeta insomne en Ginebra, teniendo apenas cuarenta años de edad. Se fue en la mitad del camino vital, cuando florece con mayor intensidad la madurez de los sabios y de los espíritus iluminados.

Para concluir esta apreciación crítica, extendida de manera imprevista por los derroteros de la llamada a su ruta poética, ya en franco desarrollo, cabe señalar la importancia de considerar una mayor indagación en las descarnadas confesiones epistolares del poeta en sus últimas cartas escritas desde el exterior.

Esa despojada y patética correspondencia es de gran interés biográfico y psicológico para establecer una revaluación existencial sobre el perfil humano de Ramos Sucre. El examen imparcial permitirá profundizar mejor en su compleja personalidad y sus pensamientos finales, ante la proximidad autoacelerada de la muerte irremediable.

Quede pendiente esa exploración, con las apreciaciones que pudieran emanar de cualquier coloquio en futuros eventos sobre Ramos Sucre, autor de tres libros fundamentales, ya celebrados en esmeradas ediciones fuera de su país natal. Pero Ramos Sucre aún sigue siendo bastante desconocido en el extranjero.

La fascinante ruta poética del insomne seguirá su tránsito glorioso y misterioso, fijando las huellas imborrables de su merceda consagración.

El diálogo sobre el rumbo impredecible de su poética quedó abierto hace tiempo... desde la mención a aquel ciprés

enigmático que dominó el horizonte de su precoz y mediatubunda infancia.

Más allá de cualquier desconcierto sobre el doloroso exilio interior de Ramos Sucre y su destino trágico, víctima del abuso prolongado de los hipnóticos, ya se ha consumado en forma irremediable el controvertido mito del insomne perpetuamente alucinado, lo mismo que el innegable canon estético de su magistral poesía.

* * *

Notas

- 1 Ver al respecto el ensayo «Los alborados de la literatura venezolana», de Carlos Rocha, en *Imagen*, N.º 100-65, Caracas, mayo 1990, pp. 40-41. Crónica sobre el evento Nueve Décadas de Poesía en Venezuela (1890-1989), celebrado en la Galería de Arte Nacional, Caracas, 1989, con participación de Caupolicán Ovalles y otros personajes.

Los alborados fue la generación de talentosos intelectuales venezolanos de principios de siglo XX, entre los que se encontraban Rómulo Gallegos, Enrique Soublette, Julio Rosales, Salustio González Rincones y Julio Planchart. El grupo fundó *La Alborada*, una revista de breve soplo (tan solo siete números), pero que dejó hondo recuerdo y semillero entre aquellos combatientes «alborados», junto a otros entusiastas escritores que marcaron la vanguardia de la intelectualidad venezolana en la primera década del siglo, el cual estaría lleno de tantas sorpresas, venturas y desventuras.

- 2 *Folios*, Revista de Monte Ávila Editores, N.º 14, mayo-junio, 1990, pág. 20.
- 3 *Ibid.*, pp. 25-26.
- 4 «La poesía de José Antonio Ramos Sucre», *El Universal*, Caracas, 15 de junio de 1930.
- 5 Eugenio Montejo, *La ventana oblicua*, 1974, pp.157-158.
- 6 El personaje central de la narración es el capitán Ulises Ferragut, valenciano, hijo de un notario que tiene como padrino a un poeta. Por sus muchas peripecias aventureras, el protagonista parece emular (salvando escenarios y situaciones) al mítico Ulises de *La Odisea* homérica. El mar se convierte en el símbolo de un tránsito poético y existencial. Aburrido por las circunstancias que conforman la trama narrativa, el capitán Ulises Ferragut recibe una múltiple y cuantiosa herencia familiar y decide volver al mar como un asunto vital. Entonces, se compra un barco al que le pone el nombre latino del mar que tanto admira: «Mare Nostrum», en cuya doble simbología gira el eje de la narración.

- 7 El análisis de este poema aparece al final del libro *Ramos Sucre: La voz de la retórica*, de Alba Rosa Hernández Bossio, en un *Post Scriptum*: «Sobre el “Mar latino” de José Antonio Ramos Sucre» (pp. 197-209), Monte Ávila Editores Latinoamericana, colección Estudios, Caracas, 2ª edición, 2013 (la primera edición es de 1990).
- 8 Véase el artículo de Dayana Fraile (Universidad de Pittsburgh: «Arqueología del sueño: José Antonio Ramos Sucre y los hipnóticos», publicado en la revista *Investigaciones Literarias*, Anuario III, N.º 21, enero-diciembre, 2013, pp. 91-114.
- 9 También vimos a Neruda en la década de los 60 en «Macondo», la famosa casa de Miguel Otero Silva y su esposa María Teresa Castillo, ubicada en la urbanización caraqueña de Sebucán. Esa mansión fue lamentablemente derruida y se hizo un documental. Bautizada como la novela de García Márquez, fue un lugar emblemático, anfitrión de intelectuales y personajes internacionales, en una época de gran efervescencia cultural en Venezuela. Ver este enlace: <https://ideasdebabel.wordpress.com/2009/07/24/cine-una-casa- dos-personajes-un-pais/>
- 10 Ver: https://www.instagram.com/reel/ChFBrgejmAJ/?utm_source=ig_web_copy_link

* * *

Residuo^{*}

Yo decliné mi frente sobre el páramo de las revelaciones y del terror, donde no se atreve el rocío imparcial de la parábola. Salí a una ciudad ilustre y las vírgenes cerraban su ventana al acento de mi laúd siniestro.

Una forma casta, de origen celeste, depositaba en mis cabellos su beso glacial. Acudía a través de mi sueño de proscrito, a mi cama de piedra, fosa de Job, abismo de dolores de Leopardi. ¿Se habrán lastimado sus pies de azahar? Un árbol, emisario de la tormenta, azota el horizonte con su rama desnuda en el curso del día monótono. Mi voz te ha ahuyentado de mi duro camino, ave procelaria, cénit de la cúpula del cielo.

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE
Ginebra, marzo de 1930

* En las *Obras completas* de Ramos Sucre de Biblioteca Ayacucho se indica que este poema fue publicado en *El Universal*, Caracas, el 13 de junio de 1931, por José Nucete Sardi, en un artículo suyo sobre el poeta. También fue incluido en el libro *Los aires del presagio* (1960, 1976). Para escuchar de viva voz una grabación de este poema entrar en el siguiente enlace: <https://go.ivoox.com/rf/92780236>

Carta a su hermano Lorenzo, 1929*

Caracas, 25 de octubre de 1929

Señor Lorenzo Ramos Sucre,
agente del Banco de Venezuela
Maracay

Fiel Lorenzo:

Empiezo por decirte que Federico está pensionado por el Estado Sucre y que él no se aplica a los estudios. Es un hombre de sociedad y nada vulgar. Un joven tan alegre no habría surgido jamás en el presidio de casa. Observa la diferencia. Luisa puede ser hostil con los extraños, pero no desespera a sus hijos y lo ves en los casamientos de sus hijos. Por otra parte, la presencia bonancible de Ramón neutraliza la melancolía y severidad que pueda haber en Luisa. Yo no creo en severidad, mal humor, irascibilidad; yo no señalo sino crueldad y vulgaridad.

Tú sabes que la escasa resistencia que ofrezco a las enfermedades no vienen sino de un sistema nervioso destruido por los infinitos desagradados, discusiones, maldiciones, desesperaciones y estrangulaciones que me afligieron.

* Esta carta, escrita por Ramos Sucre a su hermano Lorenzo Ramos está fechada un año antes de la muerte del poeta en Ginebra, Suiza. La carta puede verse en este enlace: <http://elizabeth-cartasydiariosenelsilencio.blogspot.com/2013/06/jose-antonio-ramos-sucre-su-hermano.html>

Carúpano fue un encierro. El padre Ramos ignoraba por completo el miramiento que se debe a un niño. Incurría en una severidad estúpida por causas baladíes. De allí el ningún afecto que siento por él. Yo pasaba días y días sin salir a la calle y me asaltaban entonces accesos de desesperación y permanecía horas llorando y riendo al mismo tiempo. Yo odio a las personas encargadas de criarme. No acudí a papá por miedo. El P. Ramos era una eminencia y yo no era nadie, sino un niño mal humorado. La humanidad bestial no veía que el mal humor venía de la desesperación del encierro y de no tener a quién acudir. Yo temía a papá, quien era atento con Trinita y no conmigo. Ya ves cómo se vino elaborando mi desgracia. Suponte que yo era regañado por el Padre Ramos y regañado por la plasta de mierda de Martínez Mata porque retozaba con los niños de mi edad, a los once años, en la plaza de Santa Rosa. Es decir, yo era regañado por un acto impuesto por la pedagogía anglosajona hace tres siglos y defendido celosamente por la policía anglosajona. Habla con personas que conozcan a Inglaterra y los Estados Unidos.

Al salir de ese presidio de Carúpano, circuito del infierno dantesco, pude salir a la calle, pero la tiranía era más severa aunque de nueva forma. Incurría en el enojo de Rita Sucre por actos de falta de atención o de fatiga de la atención y estas escenas eran tremendas y duraban meses. No podía aplacarla a pesar de mi docilidad nativa. Yo me creía obligado a dar el ejemplo de la honestidad y sólo conseguí ser un hipócrita, un mentiroso.

Creo en la potencia de mi facultad lírica. Sé muy bien que he creado una obra inmortal y que siquiera el triste consuelo de la gloria me recompensará de tantos dolores.

Tú supondrás si con tales antecedentes puedo yo resistir una infección imperecedera como la amibiasis. El desequilibrio de mis nervios es un horror y sólo el miedo me ha detenido en el umbral del suicidio. Uno no hace lo que quiere sino lo que

le permiten las circunstancias de herencia, educación, salud o enfermedad corporal, etc. Nuestros actos son involuntarios y hasta irreflexivos.

Ahora, yo observo que yo era más vivo que mis contemporáneos y que ellos sólo me superaban en tener hogar sedante y tolerante. Yo he sido querido, admirado, compadecido por bellísimas mujeres. Naturalmente, no he abusado de su bondad. María del Rosario Arias habló conmigo una sola vez, antes de venirme para Caracas y me recordaba afectuosamente por ese único motivo. Se asombró de mi humanidad y amenidad al conocerme.

Yo no recuerdo a José Antonio Yépez. Salúdalo con mucha cordialidad en mi nombre. Dolores Emilia está muy satisfecha de ti y de tu gente.

Los juicios acerca de mis dos libros han sido muy superficiales. No es fácil escribir un buen juicio sobre dos libros tan acendrados o refinados. Se requieren en el crítico los conocimientos que yo atesoré en el antro de mis dolores. Y todo el mundo no ha tenido una vida tan excepcional. Solamente Leopardi, el poeta de la amargura. Alguien ha apuntado ya mi semejanza con el lírico y filósofo italiano. Lírico es el que habla de sus propias emociones.

Antier estuvo por aquí la importante Gladys, mi sobrina perfecta. Creo que no se fue descontenta.

Conserva tu salud y compra una casa en Caracas.

Te abraza tu hermano,

J. A. R. S.

* * *

Índice

Prólogo	7
<i>Preludio</i> (Poema, 1925)	8
Aclaratoria	10
Ramos Sucre en el Patio de los Leones y en la Escuela 19 de abril	11
Bosquejo biográfico-crítico de la ruta poética de Ramos Sucre: topo y lince de la poesía venezolana	11
Puntos de partida: Desarrollo gradual de una interpretación crítica	15
Introito	
Evento de Filven-2019 en el Patio de los Leones de Caracas	20
Presentación de la dimensión biográfica y literaria de Ramos Sucre en sus diversas facetas	20
Selección de referencias bibliográficas	22
Ediciones especiales (centenarias)	30
Rasgos biográficos: infancia y estudios en Cumaná y Carúpano	31
Su actividad como jurista y docente	33

La actividad literaria: sus primeros inicios y publicaciones en Caracas	36
Anotaciones sobre el lenguaje poético de Ramos Sucre	45
Las revaloraciones históricas y los rescates de su poética	47
Características sobre la poética en prosa de Ramos Sucre y su estructura lingüística	51
Más allá del mito y la leyenda trágica del poeta	57
La influencia de Ramos Sucre en las nuevas generaciones	61
Algunos análisis y proyecciones	65
En torno al «Mar latino»	66
Carmen Elena de Las Casas: mito y realidad de la bella musa caraqueña	82
<i>Comparaciones con el período creador de Ramos Sucre</i>	82
Epílogo	93
La ruta memorable de Ramos Sucre en el siglo XXI	96
Notas	101
<i>Residuo</i> (Poema, 1930)	103
Carta a su hermano Lorenzo, 1929	104

Ensayo sobre la poética de
José Antonio Ramos Sucre (1890-1930)
se imprimió en junio de 2025
en la imprenta Bicentenario de Carabobo
de la Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas - Venezuela.
Son 200 ejemplares

La primera edición de este libro fue publicada en España a finales de 2023, en un tiraje limitado de 200 ejemplares. En esta segunda edición de Monte Ávila Ediciones Latinoamericana, se ha mantenido la fidelidad del contenido original.

El nutrido ensayo de Carlos Rocha sobre la obra poética de José Antonio Ramos Sucre (1890-1930), enfoca bajo diversas perspectivas la obra y la vida del gran poeta venezolano; abogado, políglota, traductor, educador, diplomático y víctima de un insomnio fatal, poniendo voluntario fin a su breve vida en Ginebra a los 40 años.

La intensa exploración en la ruta poética de Ramos Sucre, incluye un profundo análisis crítico de su escritura en prosa y la descripción de sus rasgos biográficos. La atípica selección inicial de referencias bibliográficas, sirve como preludio para motivar en el lector el estudio de la obra de Ramos Sucre, aún poco conocida en el ámbito hispanoamericano. Esta nueva publicación aspira una mayor proyección de esa obra poética tan relevante.

CARLOS ROCHA (1945). Poeta venezolano, ensayista, traductor, indólogo y editor. De formación matemática (UCV, Caracas), es director del Bhaktivedanta Institute y tiene una Licenciatura en Literatura clásica de la India (UIE). Su poesía incluye *Pulso acelerado* (1969); *Tránsitos en el Reino* (Premio Bienal J.R. Pocaterra 1982-1984); *Retratos (Del alma al alma)* y la antología *Despojos del vidente* (ambos en preparación). Es autor del libro-objeto *El oráculo de las runas vikingas* (1991-1995), un aclamado *best-seller* de auto-ayuda. Ha traducido la obra del poeta francés René Daumal: *Hechos Memorables* (1993) y *La vida y la obra de René Daumal* (Monte Ávila Editores, 2012). Ha dirigido talleres literarios y cursos especializados. Como experto en Cosmología védica y filosofía de la India, ha participado en eventos internacionales y publicado numerosos artículos. En 2019 adoptó la orden espiritual de *sannyasi* con el nombre de Bhakti Suddha Siddhanti Swami.



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

